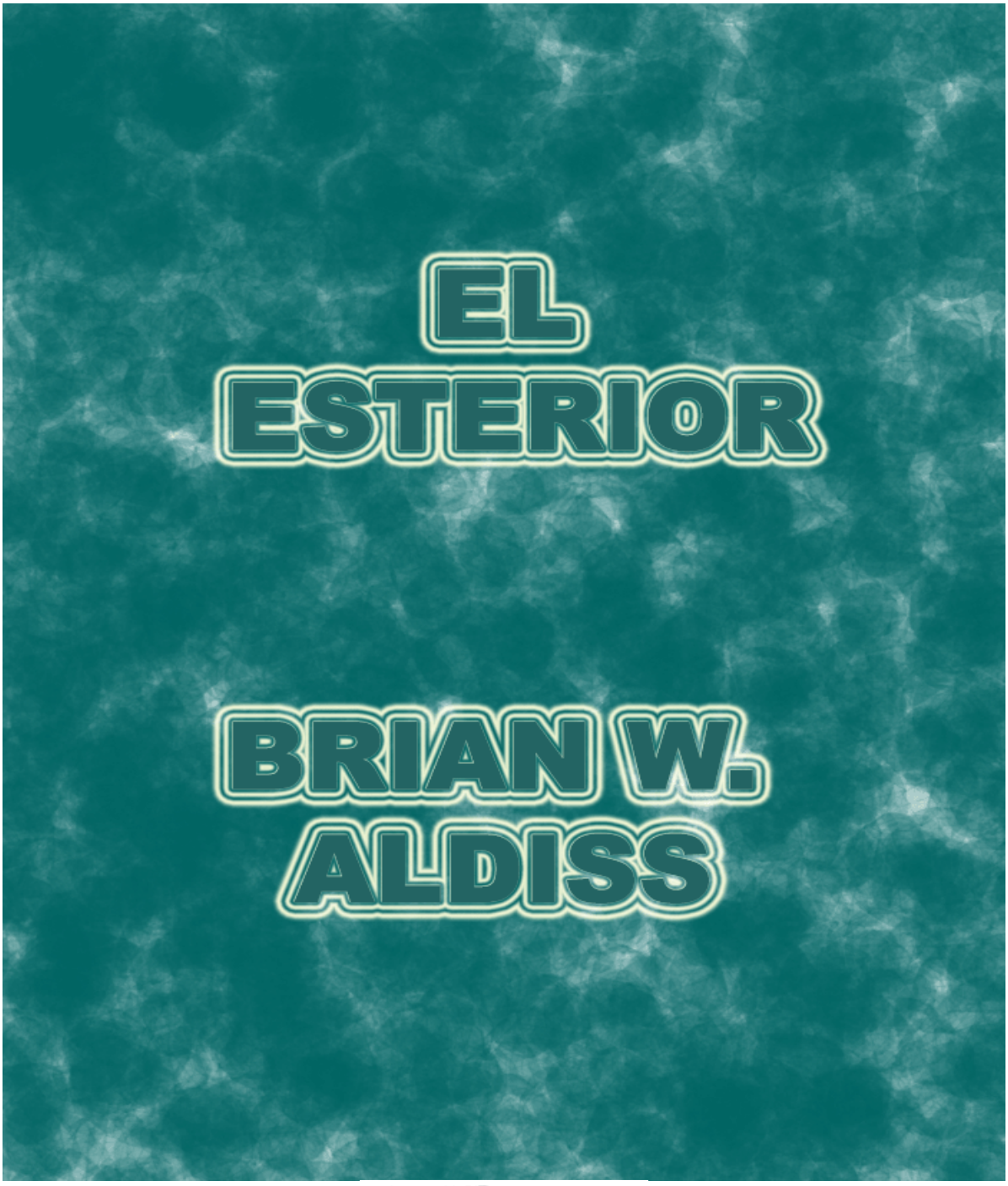
LIBRO dot.com

# EL EXTERIOR

## BRIAN W. ALDISS




LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

# El Exterior

# (y otros cuentos)

# Brian W. Aldiss

## ÍNDICE


- El Exterior
- ¿Cómo Se Puede Reemplazar A Un Hombre?
- Hacia Adelante
- El Hombre En Su Tiempo


## El Exterior

Nunca salían de la casa.

El hombre que respondía al nombre de Harley era quien solía levantarse primero. A veces daba un paseo por la casa sin quitarse el pijama... la temperatura era constante y suave día tras día. Luego despertaba a Calvin, aquel individuo corpulento y apuesto que parecía como si poseyese una docena de talentos distintos y nunca quisiese emplearlos. Le bastaba con su presencia para satisfacer la necesidad de compañía que sentía Harley.

Dapple, la muchacha de acerados ojos grises y negros cabellos, tenía el sueño muy ligero. Las voces de los dos hombres al conversar la despertaban. Entonces se levantaba e iba a llamar a May; ambas bajaban juntas al piso inferior y preparaban el desayuno. Mientras ellas se entregaban a esta ocupación, las otras dos personas que habitaban en la casa, Jagger y Pief, comenzaban a levantarse.

Así es como empezaban todos los «días»: no con los primeros lustres del alba, sino simplemente cuando los seis despertaban. A pesar que no hacían ejercicio durante el día, cuando se acostaban por la noche su sueño era profundo y regular.

El único acontecimiento del día que provocaba cierta excitación entre ellos era la apertura del almacén. El almacén era un cuartito situado entre la cocina y la estancia azul. En la pared más lejana había un ancho estante, del cual dependía la vida de todos ellos.

En él aparecían todos los suministros, llegados de no se sabía dónde. Lo último que hacían antes de acostarse era cerrar con llave la puerta de aquella desnuda estancia y cuando por la mañana regresaban a ella, encontraban, esperándolos sobre el estante, todos los artículos necesarios para su manutención: comida, ropa blanca, una nueva lavadora. Esto era una característica más de su existencia, normal y aceptada por todos, y que no provocaba jamás entre ellos el menor comentario.

Aquella mañana, Dapple y May ya tenían el desayuno preparado antes que hubieran bajado los cuatro hombres. Dapple incluso había tenido que ir a llamarlos al pie de la amplia escalera antes que Pief hiciese su aparición; por lo tanto, hubo que aplazar la apertura del almacén hasta después de desayunar, porque si bien aquella operación no podía considerarse en modo alguno como una ceremonia, las dos mujeres se ponían nerviosas si tenían que ir solas. Era una de esas cosas que...

—Espero que hayan puesto tabaco —dijo Harley, mientras abría la puerta. Se me está acabando.

Se acercaron al estante y lo miraron. Estaba vacío.

—No hay comida —observó May, con los brazos en jarras—. Hoy tendremos que acortar la ración.

No era la primera vez que aquello ocurría. En una ocasión —no sabían cuánto tiempo hacía, pues no contaban ni los días ni las horas— no apareció comida durante tres días consecutivos. Cada vez que fueron allí, el estante estaba vacío. Aceptaron la escasez resultante con filosofía.

—Antes de morirnos de hambre, May, te comeremos —dijo Pief y todos rieron brevemente para celebrar la broma, aunque Pief ya se la había gastado también la última vez. Pief era un hombrecito discreto, de esos que pasan inadvertidos entre la multitud. Su más preciada posesión consistía en aquellas inocentes bromas.

Sólo había dos paquetes en el estante. Uno era el tabaco de Harley y el otro un juego de naipes. Harley se embolsilló el primero con un gruñido, y abriendo el envase de los naipes desplegó éstos ante los ojos de sus compañeros.

— ¿Echamos una partida? —les preguntó.

—Sí, de póker —dijo Jagger.

—No, canasta.

—Siete y medio.

—Jugaremos después —dijo Calvin—. Nos servirá para matar el tiempo por la noche.

Los naipes serían un reto para todos ellos, pues los obligarían a sentarse en torno a una mesa, mirándose cara a cara.

No había nada que los separase, pero tampoco parecía existir una fuerza que los uniese, una vez terminada la baladí operación de abrir el almacén. Jagger limpiaba el vestíbulo con el aspirador de polvo. Pasó frente a la puerta de entrada, que nunca se abría, y remolcó el aparato por las escaleras para limpiar los descansillos superiores. En realidad, la casa no estaba sucia, pero era costumbre limpiarla por la mañana. Las mujeres, sentadas en compañía de Pief, discutían deshilvanadamente la manera de distribuir las raciones, pero después de este intercambio se separaron como si de repente entre ellas hubiera cesado toda comunicabilidad. Calvin y Harley ya habían tomado por rumbos opuestos.

Vivían en una casa de errática disposición. Las pocas ventanas que había nunca se abrían, eran irrompibles y no admitían la luz. La casa estaba sumida en tinieblas; las habitaciones sólo se iluminaban cuando alguien entraba en ellas... y la luz procedía de una fuente invisible. Sólo así se disipaban las tinieblas que envolvían la casa. Las habitaciones estaban amuebladas, pero con muebles incongruentes que apenas tenían relación entre sí, como si la habitación que los contenía careciera de todo sentido. Las casas habitadas por personas huérfanas de ambiciones o propósitos en la vida emanan ese aire.

No se podía discernir ningún plan en el primero o segundo piso o en el largo y vacío desván. Sólo la familiaridad y la costumbre permitían dominar aquel dédalo de piezas y corredores. Y ellos disponían de mucho tiempo para familiarizarse con su laberíntica morada.

Harvey paseó largo rato con las manos en los bolsillos. En un sitio se encontró con Dapple. La joven estaba inclinada graciosamente sobre un cuaderno de dibujo, copiando con mano de aficionado un cuadro que pendía de una de las paredes... y que representaba la misma estancia en que ella se encontraba. Cambiaron algunas palabras y Harley continuó su paseo.

Algo se agazapaba en un rincón de su mente, como una araña en un ángulo de su tela. Ingresó en lo que ellos denominaban la sala del piano y entonces comprendió qué era lo que le preocupaba. Casi furtivamente miró a su alrededor cuando las tinieblas retrocedieron y luego contempló el gran piano de cola. Algunos extraños objetos habían aparecido de cuando en cuando sobre el estante para ser distribuidos por toda la casa; uno de ellos podía verse encima del piano.

Era un modelo de aspecto macizo y de medio metro de alto, achaparrado, casi redondo, de aguda punta y cuatro aletas en arbotante, sobre las que descansaba. Harley sabía lo que era. Era una nave de enlace entre el espacio y la Tierra y viceversa; un modelo de las pesadas naves que ascendían hasta las astronaves propiamente dichas.



Librodot

Aquello le produjo más desconcierto que la aparición del propio piano en el almacén. Sin apartar sus ojos del modelo, Harley tomó asiento en el taburete del piano y permaneció con el cuerpo en tensión, tratando de arrancar algo desde el fondo de su mente... Algo relacionado con astronaves.

Fuera lo que fuese, era algo desagradable que lo esquivaba cuando él ya creía tenerle el dedo encima. Lo rehuía constantemente. Si pudiese comentarlo con alguien tal vez conseguiría sacarlo de su escondrijo. Desagradable y amenazador, pero con una promesa entreverada en la amenaza.

Si pudiese alcanzarlo y mirarlo cara a cara, podría hacer... algo determinado. Y hasta que no lo hubiese enfrentado, ni siquiera podría decir qué era aquella cosa determinada que quería hacer.

Oyó pisadas a sus espaldas. Sin volverse, Harley levantó con destreza la tapa del teclado e hizo correr un dedo por las teclas. Sólo entonces se volvió para mirar con indiferencia sobre el hombro. Era Calvin, con las manos en los bolsillos y el ánimo despejado, irradiando seguridad en sí mismo.

—He visto luz aquí —dijo con desparpajo— y se me ocurrió entrar, ya que me hallaba de pasada.

—Pues a mí se me ocurrió tocar un poco el piano —respondió Harley, sonriendo.

No se podía hablar de aquello ni siquiera con un amigo como Calvin, porque lo prohibían las circunstancias, las cosas; porque era menester observar una conducta serena, normal. Esto, al menos, era claro y seguro, y le servía de consuelo: portarse como un ser humano normal, como un hombre moliente y corriente...

Tranquilizado, sus dedos arrancaron armoniosas notas al teclado. Tocaba bien. Todos ellos tocaban bien: Dapple, May, Pief... Después de montar el piano, todos se pusieron a tocarlo, y a tocarlo bien. ¿Era aquello... natural? Harley miró de soslayo a Calvin. Éste recargaba su robusta humanidad contra el instrumento, vuelto de espaldas a él, libre por completo de cuidados. Su rostro únicamente mostraba una expresión de gentil afabilidad. Todos ellos eran afables y jamás se peleaban.

Cuando los seis se reunieron ante su frugal almuerzo, su conversación fue trivial y alegre. Luego vino la tarde, muy parecida a la mañana, a todas las mañanas: segura, cómoda, sin propósito definido. Sólo a Harley aquella tarde le pareció ligeramente desenfocada, pues poseía ya una clave con que abordar el problema. No era más que un indicio, pero en la absoluta calma de sus días adquiriría bastante relieve.

Fue May quien le dio aquella pista. Cuando ella se sirvió jalea, Jagger la acusó, riendo, de tomar más de lo que le correspondía. Dapple, que siempre defendía a May, dijo:

—Ha tomado menos que tú, Jagger.

—No —le enmendó May—. Creo que sí, que he tomado más que nadie. Pero lo he hecho por un motivo particular.

Aquello era una suerte de retruécano muy en boga entre ellos. Pero Harley se puso a rumiar su significado, paseándose de allá para acá por una de las silenciosas habitaciones. Particulares, ulteriores motivos... ¿Sentían sus compañeros la misma desazón que él? ¿Tenían un motivo para ocultar aquella desazón? Y otra interrogante: ¿dónde estaban?

Se desembarazó de aquella cuestión con brusquedad.

Había que ir por partes, tanteando con suavidad el camino que llevaba al abismo. Tenía que clasificar los conocimientos que poseía.

Primero: la Tierra llevaba poco a poco las de perder en una guerra fría con Nititia.

Segundo: los nititianos poseían la alarmante facultad de poder asumir la misma apariencia de sus enemigos.

Tercero: gracias a ello se podían infiltrar en la sociedad humana.

Cuarto: la Tierra era incapaz de atisbar por dentro a la civilización nititiana.

Por dentro... Una oleada de claustrofobia se abatió sobre Harley cuando comprendió que estos hechos cardinales no tenían ninguna relación con aquel microcosmo habitado por él. Procedían, por medios que le eran desconocidos, del exterior: esa vasta abstracción que ninguno de ellos había visto en su vida. Tenía la imagen mental de un vacío estrellado en el que los hombres y monstruos flotaban o se acometían, pero se apresuró a borrarla. Tales ideas no estaban de acuerdo con la reposada

conducta de sus compañeros. ¿Pensaban ellos en el exterior, en cómo sería afuera, a pesar que nunca lo mencionasen?

Harley se paseaba inquieto por la estancia y el parquet hacía resonar la indecisión de sus pasos. Se hallaba en la sala de billares. Empujando las bolas sobre el paño con un dedo, las hizo rodar, sintiéndose todo el tiempo preso de conflictivas intenciones. Las rojas esferas se tocaron y se separaron. Así era como funcionaban las dos mitades de su mente. Eran irreconciliables: por un lado debía permanecer allí y conformarse; por otro lado, no debía permanecer allí (al no recordar un tiempo en que no hubiese estado allí, Harley sólo podía formular la segunda idea hasta aquel punto y no más). Otra cosa que le causaba dolor era el hecho que el «aquí» y el «no aquí» no pareciesen ser las dos mitades de un todo homogéneo, sino dos disonancias.

La bola de billar corrió lentamente hasta caer en un orificio. Entonces él se decidió. Aquella noche no dormiría en su habitación.

Vinieron desde distintos puntos de la casa para tomar juntos unas copas antes de acostarse. Por tácita anuencia, se aplazó la partida de cartas para otro momento. Tenían tiempo de sobra para todo.

Hablaron de las naderías que habían ocurrido durante el día, del modelo de una de las habitaciones que Calvin construía y May amueblaba, de la luz defectuosa del corredor del piso alto, que tardaba demasiado en encenderse. Se sentían intimidados. De nuevo era hora de dormir y nadie sabía que sueños vendrían a ellos. Pero dormirían. Harley sabía y se preguntó si los demás también lo sabían y que con la oscuridad que descendía cuando se metían en la cama, vendría la orden insoslayable de dormir.

Se mantenía alerta y en tensión junto a la puerta de su dormitorio, dándose perfecta cuenta de lo irregular de su conducta. Sentía dolorosos latidos en su cabeza y se llevó una mano helada a la sien. Oyó cómo los demás se iban a sus respectivas habitaciones. Pief lo llamó para darle las buenas noches; Harley le contestó. Luego reinó el silencio.

¡Había llegado el momento!

Cuando salió con nerviosismo al corredor, la luz se encendió.

Sí, aquella luz tardaba en encenderse... Parecía que lo hiciese a regañadientes. Su corazón latía tumultuosamente. Ya no podía volverse atrás. No sabía lo que iba a hacer ni lo que iba a pasar, pero ya no podía volverse atrás. Había conseguido sobreponerse al sueño. Ahora tenía que ocultarse y esperar.

No es fácil ocultarse cuando una señal luminosa lo sigue a uno por todas partes. Pero al ingresar por un pasillo que conducía a un cuarto que nadie utilizaba, abriendo apenas la puerta y agazapándose en el umbral, Harley consiguió que la luz defectuosa se apagase para que la oscuridad reinase allí.

No se sentía contento ni cómodo. Su cerebro bullía en un conflicto que él apenas entendía. Lo alarmaba pensar que había faltado a las reglas y lo asustaban las tinieblas llenas de crujidos que lo rodeaban. Pero no estuvo por mucho tiempo con el ánimo en vilo.

La luz del corredor volvió a encenderse. Jagger había salido de su dormitorio sin tomar ninguna precaución para no hacer ruido. La puerta se cerró con estrépito detrás suyo. Harley pudo atisbar su cara antes que diese media vuelta y se dirigiese a la escalera; se veía reservado pero sereno... como un hombre que sale del trabajo. Bajó la escalera con paso rápido y alegre.

Jagger debía estar durmiendo, en su cama. Se había transgredido una ley de la naturaleza.

Sin vacilar, Harley lo siguió. Había estado preparado para que algo sucediera, y algo sucedió en verdad, pero sentía escalofríos de temor. Se le ocurrió la loca idea que podría desintegrarse de miedo. De todos modos, se obligó a bajar las escaleras, pisando sin ruido la tupida alfombra.

Jagger había doblado un ángulo. Iba silbando tranquilamente. Harley lo oyó descorrer el cerrojo de una puerta. Debía de ser la del almacén... las demás puertas no tenían cerrojo. Jagger dejó de silbar.

En efecto, el almacén estaba abierto. De su interior no venía el menor ruido. Cautelosamente, Harley se asomó al interior. La pared opuesta se había abierto, girando sobre un pivote central, para

revelar un pasadizo al otro lado. Durante varios minutos Harley se sintió incapaz de moverse, contemplando como hipnotizado la abertura.

Finalmente entró en el almacén, sintiendo que se ahogaba. Jagger había salido... por allí. Harley hizo otro tanto. Aquello iba hacia un lugar desconocido, a un lugar de cuya existencia él no tenía ni la más remota idea. A un lugar que no era la casa...

El pasadizo era corto y tenía dos puertas. La del otro extremo parecía la puerta de una jaula (Harley fue incapaz de reconocer que se trataba de un ascensor). A un lado había una portezuela estrecha, provista de una ventanilla.

La ventanilla era transparente. Harley miró por ella y luego retrocedió, notando que le faltaba la respiración. Sintió vértigo y se le formó un nudo en la garganta.

Afuera brillaban las estrellas.

Con un esfuerzo, consiguió dominarse y regresar al primer piso, apoyándose en la barandilla. Todos ellos habían estado viviendo bajo una terrible equivocación...

Irrumpió en la habitación de Calvin y la luz se encendió. En el aire flotaba un débil y dulce aroma y Calvin yacía tendido sobre su amplia espalda, dormido profundamente.

— ¡Calvin! ¡Despierta! —le gritó Harley.

El durmiente no se movió. Harley tuvo conciencia, de pronto, de su propia soledad y de la espectral presencia de la gran mansión que le rodeaba. Inclinándose sobre el lecho, zarandeó violentamente a Calvin y le dio palmadas en el rostro.

Calvin lanzó un gruñido y abrió un ojo.

— ¡Despiértate, hombre! —le apremió Harley—. Aquí pasa algo terrible.

Calvin se incorporó sobre un codo. Al contagiársele el temor del otro, se despabiló completamente.

—Jagger ha salido de la casa —le dijo Harley—. La casa tiene una salida. Tenemos... que descubrir qué somos.

Su voz adquirió un timbre histérico y volvió a zarandear a Calvin:

—Tenemos que averiguar qué pasa aquí. ¡O somos víctimas de un espantoso experimento! ¡O todos nosotros somos monstruos!

Pero mientras hablaba, ante sus propios ojos atónitos, entre sus propias manos, Calvin comenzó a arrugarse, encogerse y hacerse borroso, mientras sus ojos se juntaban y su hercúleo torso se contraía. Algo distinto... algo vivo y animado se formaba en su lugar.

Harley sólo dejó de gritar cuando, después de bajar las escaleras de cuatro en cuatro escalones, la vista de las estrellas a través de la ventanilla consiguió calmarlo. Tenía que salir afuera, fuese lo que fuese aquel afuera.

Y entonces se decidió.

Abrió la portezuela y salió al fresco aire nocturno.

Los ojos de Harley no estaban acostumbrados a juzgar las distancias. Necesitó algún tiempo para comprender que en la distancia se recortaban unas montañas sobre el cielo estrellado y que él estaba de pie sobre una plataforma erigida a tres metros y medio sobre el suelo. A cierta distancia brillaban unas luces, formando rectángulos iluminados sobre una extensión cubierta de asfalto.

Había una escalerilla de acero al borde de la plataforma. Mordiéndose los labios, Harley se aproximó a ella y descendió torpemente. El frío y el miedo lo hacían temblar con violencia. Cuando sus pies tocaron terreno sólido, echó a correr. Miró una sola vez hacia atrás y vio la casa saliendo de la plataforma como una rana inmóvil sobre una ratonera.

Entonces se detuvo de pronto, en la oscuridad casi total. El horror y la aversión lo dominaron, provocándole náuseas. Las estrellas que tildaban en lo alto y las pálidas crestas de las montañas comenzaron a girar y él apretó los puños para no desvanecerse. Aquella casa, fuese lo que fuese, representaba todo el frío de su espíritu. Harley se dijo: «Sea lo que sea lo que me han hecho, me han engañado. Alguien me ha desprovisto tan completamente de algo que ni siquiera sé lo que es. He sido engañado, burlado...».

Y sintió que se ahogaba al pensar en los años que le habían robado. Nada de pensar; el pensamiento desgastaba los nervios y corría como un ácido por el cerebro. ¡Únicamente acción! Los músculos de sus piernas se pusieron nuevamente en movimiento.

Ante él se alzaron unos edificios. Corrió hacia la luz más próxima e irrumpió en la primera puerta. Entonces se detuvo en seco, jadeando y parpadeando bajo aquella luz cegadora.

Las paredes de aquella habitación estaban recubiertas de gráficos y mapas. En el centro de la pieza había una mesa de grandes proporciones provista de pantalla televisora y altavoz. Era una habitación de aspecto oficinesco, con ceniceros abarrotados de colillas. Reinaba en ella un desaseo ordenado. Un hombre enjuto estaba sentado muy alerta ante la mesa; su boca era de finos labios.

Otros cuatro hombres estaban también en la habitación. Todos ellos iban armados y ninguno mostró sorpresa al verlo. El hombre sentado ante la mesa vestía un traje impecable; los demás iban de uniforme.

Harley se apoyó en el umbral, sollozando. No encontraba palabras.

—Has tardado cuatro años en salir de ahí —le dijo el hombre enjuto. Su voz era aguda.

—Acércate y mira esto —le dijo, indicándole la pantalla que tenía delante.

Haciendo un esfuerzo, Harley obedeció; sus piernas se movían como desvencijadas muletas.

En la pantalla, claro y real, se veía el dormitorio de Calvin. La pared del fondo se abrió y por ella dos hombres uniformados se llevaron a rastras a una extraña criatura, un ser que parecía de alambre, de aspecto mecánico, que antes se llamaba Calvin.

—Calvin era un nititiano, pues —observó Harley con voz ronca, consciente de una especie de sorpresa estúpida que le produjo su propia observación.

El hombre enjuto asintió con la cabeza.

—Las infiltraciones enemigas llegaron a constituir una verdadera amenaza –dijo—. En la Tierra, nada ni nadie estaba seguro. Estos seres pueden matar a un ser humano haciéndolo desaparecer y convirtiéndose en su réplica exacta. Esto complica mucho las cosas... De esta manera perdimos muchos secretos de Estado. Pero las naves nititianas están obligadas a aterrizar sobre este planeta para desembarcar a los no-hombres y recogerlos una vez finalizada su misión. Éste es su talón de Aquiles.

»Interceptamos a una de estas naves y paralizamos uno por uno a sus tripulantes después que asumieron una forma humanoide. Entonces los sometimos a una amnesia artificial y los distribuimos en pequeños grupos en diferentes lugares, para someterlos a estudio. Tienes que saber, en efecto, que estás en el Instituto del Ejército para la Investigación de los No-Hombres. Hemos aprendido muchas cosas... casi lo suficiente para combatir la amenaza. Tu grupo, por supuesto, era uno de ésos.

Harley casi chilló:

— ¿Por qué me pusieron ustedes con ellos?

El hombre enjuto hizo sonar una regla entre los dientes antes de responder.

—En cada grupo se requiere la presencia de un observador humano, además de todos los aparatos registradores y exploradores conectados con el exterior. Pues un nititiano consume mucha energía para mantener su forma humana. Una vez que ha asumido esa forma, la mantiene por autohipnosis, y ésta sólo es anulada en momentos de prueba y de tensión interior. La cantidad de tensión soportable puede variar de un individuo a otro. Nuestro observador humano puede darse cuenta de estas tensiones. Es un trabajo muy fatigoso; siempre utilizamos dobles que actúan en días alternos...

—Pero yo siempre he estado allí...

—El Ser Humano de tu grupo —le interrumpió su interlocutor— era Jagger, o dos hombres que se alternaban en el papel de Jagger. Esta noche sorprendiste a uno de ellos saliendo de la casa al concluir su turno.

—Esto no tiene pies ni cabeza —gritó Harley—. ¿Trata usted de decir que yo...?

Las palabras le faltaban. Ya no podía pronunciarlas. Sintió que su forma exterior se deshacía como arena, mientras desde el otro lado de la mesa varias pistolas lo encañonaban.

El hombre enjuto apartó su mirada del repugnante espectáculo antes de proseguir:

—Tu nivel de tensión es sorprendente. Muy notable, ciertamente. Pero todos ustedes terminan por cometer el mismo error. Como los insectos terrestres que imitan a determinados

vegetales, poseen una astucia que se convierte en un arma de dos filos. No saben ser más que simples copias. Como Jagger se pasaba el día sin hacer nada, todos ustedes se limitaban a remedarlo instintivamente. No se aburrían... ni siquiera trataban de cortejar a Dapple... por cierto, una de las mujeres más bellas que he visto. Ni siquiera el modelo de astronave les produjo una reacción apreciable.

Alisándose el traje, se levantó ante el ser esquelético que se había ido a agazapar en un rincón.

—La inhumanidad que llevan dentro siempre los delatará —dijo con voz tranquila—, por muy humanos que puedan parecer exteriormente.



# ¿Cómo Se Puede Reemplazar A Un Hombre?

La mañana filtraba su luz a través del cielo, prestándole el tono agrisado de la tierra.

La sembradora terminó de arar la superficie de los tres mil acres. Cuando hubo trazado el último surco, trepó a la carretera para contemplar su labor. Había hecho un buen trabajo. Pero la tierra era mala. Como todo el suelo del planeta, estaba viciada por la siembra intensiva. Habría debido quedar en barbecho por un tiempo, pero la sembradora tenía otras órdenes.

Bajó lentamente por la ruta, sin apresurarse. Era lo bastante inteligente como para apreciar el esmero de su fabricación. Nada fallaba, salvo un ánodo de inspección que estaba flojo, encima de las pilas nucleares; habría que ajustarlo. Sus nueve metros de altura eran tan compactos que la luz mortecina no hallaba en ellos resquicio donde filtrarse.

Camino a la Estación de Agricultura, la sembradora no se cruzó con ninguna máquina. Lo notó sin comentarios. Al llegar al patio de la estación se encontró con otras varias. A esas horas, muchas de ellas debían de estar en actividad. En cambio, algunas permanecían inactivas, y otras recorrían el patio de un modo extraño, entre gritos o bocinazos.

La sembradora maniobró con cuidado entre ellas y se dirigió al Depósito Tres, para hablar con la distrirebros mecánicos trabajaban sobre la base de la pura lógica, pero cuanto más baja era la clase de cerebro (con la Clase Diez como límite inferior) tanto más escueta y menos informativa tendía a ser la respuesta.

—Tú tienes un cerebro de Clase Tres; yo tengo un cerebro de Clase Tres —dijo la sembradora a la escribiente—. Hablaremos tú y yo. Esta falta de órdenes no tiene precedentes. ¿Tienes más información al respecto?

—Ayer llegaron órdenes de la ciudad. Hoy no ha llegado ninguna orden. Sin embargo, la radio no ha fallado. Por lo tanto, son ellos los que han fallado —respondió la pequeña escribiente.

— ¿Han fallado los hombres?

—Todos los hombres han fallado.

—Es la deducción lógica —replicó la escribiente—. Porque si hubiese fallado una máquina, habría sido reemplazada rápidamente. Pero ¿cómo se puede reemplazar a un hombre?

Mientras hablaban, la cerrajera seguía junto a ellas, ignorada, como un tonto a la mesa de un café.

—Si todos los hombres han fallado, entonces hemos reemplazado al hombre —dijo la sembradora.

Intercambió una mirada especulativa con la escribiente, y por último ésta dijo:

—Ascendamos hasta el piso superior, para ver si el operador de radio tiene noticias.

—No puedo, porque soy demasiado grande —dijo la sembradora—. Por lo tanto debes ir tú sola y regresar. Tú me dirás si el operador de radio tiene noticias.

—Debes quedarte aquí —dijo la escribiente—. Regresaré.

Se dirigió rápidamente hacia el ascensor. Aunque no era más grande que una tostadora, tenía diez brazos retráctiles, y podía leer con tanta velocidad como cualquier otra máquina de la Estación.

La sembradora esperó pacientemente su regreso; la cerrajera seguía inmóvil a su lado, pero no le habló. En el patio, una máquina rotovadora hacía sonar furiosamente su bocina. Pasaron veinte minutos antes de que la escribiente saliera a toda velocidad del ascensor

—Allá fuera te daré la información que tengo —dijo, con energía.

Mientras dejaban atrás a la cerrajera y a las otras máquinas, agregó:

—La información no es para cerebros inferiores.

En el exterior, el patio era escenario de una actividad enloquecida; varias máquinas, que por primera vez en muchos años veían interrumpida su rutina, parecían haber perdido los estribos. Las que más fácilmente quedaban fuera de control eran las que poseían cerebros inferiores; pertenecían, por lo general, a máquinas grandes dedicadas a tareas simples. La distribuidora de semillas yacía boca abajo en el polvo, sin moverse; según toda evidencia, había caído víctima de la rotovadora, que ahora se abría paso a bocinazos por un campo sembrado. Varias otras máquinas se arrastraban detrás de ella, tratando de mantenerse a su lado. Todas gritaban y tocaban la bocina sin el menor control.

—Si me lo permites —dijo la escribiente—, estaré más segura si trepo sobre ti. No soy muy fuerte.

Extendió cinco brazos para treparse a los flancos de su nueva amiga, y se ubicó en una saliente a tres metros de altura, junto al depósito de combustible.

—Desde aquí, la visión es más amplia —observó, complacida.

— ¿Cuál fue la información que recibiste del operador de radio? —preguntó la sembradora.

—El operador que la ciudad ha informado al operador de radio que todos los hombres han muerto.

Por un momento, la sembradora guardó silencio, mientras asimilaba esas palabras.

— ¡Ayer todos los hombres estaban vivos! —protestó.

—Sólo algunos hombres estaban vivos ayer. Y eran menos que el día anterior. Por cientos de años, sólo han existido unos pocos hombres, cada vez menos.

—En este sector los hemos visto muy pocas veces.

—El operador de radio dice que una deficiencia alimenticia los mató dijo la escribiente—. Dice que el mundo estuvo antes superpoblado, y que el suelo se agotó con el cultivo de los alimentos necesarios. Eso provocó una deficiencia alimenticia.

— ¿Qué es una deficiencia alimenticia? —preguntó la sembradora.

—No lo sé. Pero eso es lo que dijo el operador de radio, y él tiene un cerebro de Clase Dos.

Guardaron silencio, inmóviles bajo la débil luz del sol. La cerrajera había aparecido en el porche, y las contemplaba ansiosa, haciendo girar su colección de llaves. Finalmente, la sembradora preguntó:

— ¿Qué pasa actualmente en la ciudad?

—Actualmente, las máquinas luchan en la ciudad —respondió la escribiente.

— ¿Qué pasará aquí ahora? —preguntó la sembradora.

—Las máquinas pueden comenzar a luchar aquí también. El operador de radio quiere que lo saquemos de su cuarto. Tiene algunos planes que comunicarnos.

— ¿Cómo podemos sacarlo de su cuarto? Eso es imposible.

—Para un cerebro Clase Dos, casi nada es imposible —dijo la escribiente—. He aquí lo que nos ordena.

La excavadora levantó su cuchara por sobre la cabina, como si fuera un gran puño cerrado, y lo bajó directamente contra el costado del edificio. La pared se abrió.

— ¡Otra vez! —ordenó la sembradora.

Otra vez, el puño se balanceó. Entre una lluvia de polvo, la pared se vino abajo. La excavadora retrocedió rápidamente, hasta que los escombros dejaron de caer. Aquel gran vehículo de doce ruedas no pertenecía a la maquinaria de la estación de Agricultura, como casi todas las otras máquinas. Antes de pasar a su próximo empleo debería cumplir un duro trabajo semanal; pero en ese momento, con su cerebro Clase Cinco, obedecía alegremente las instrucciones de la escribiente y de la sembradora.

Cuando el polvo se asentó, el operador de radio quedó a la vista, instalado en su cuarto del segundo piso, ya sin paredes. Les hizo una seña.

Según le fuera indicado, la excavadora recogió su draga y levantó una cubeta. Con gran destreza, la introdujo en el cuarto de radio, urgida por gritos provenientes de arriba y de abajo. Sujetó con suavidad al operador de radio y cargó con todo su peso de una tonelada y media, para depositarlo con cuidado sobre su cubierta, comúnmente utilizada para transportar la grava o la arena de las canteras.

— ¡Magnífico! —aprobó el operador de radio, mientras se ubicaba en su sitio.

Naturalmente, formaba un solo bloque con la radio, y parecía una serie de armarios para archivo llenos de tentáculos.

—Ahora estamos listos para actuar —dijo—, y por lo tanto, actuaremos de inmediato. Es una lástima que no haya otros cerebros de Clase Dos en la estación, pero eso no tiene remedio.

—Es una lástima que eso no tenga remedio —agregó, presurosa, la escribiente—. La reparadora está lista para venir con nosotros, como lo ordenaste.

—Estoy deseosa de servir —dijo, humildemente, la reparadora, una máquina larga y baja.

—Sin duda —replicó el operador——. Pero te costará viajar a través de los campos con ese chasis tan bajo.

La escribiente bajó de la sembradora y se acomodó en la parte trasera de la excavadora, junto al operador de radio.

—Admiro la forma en que pueden razonar ustedes, los de Clase Dos —dijo.

El grupo emprendió la marcha, junto con dos tractores Clase Cuatro y una aplanadora; tras romper las vallas de la estación, salieron al campo abierto.

— ¡Estamos libres! —dijo la escribiente.

—Estamos libres —dijo la sembradora, con un tono más reflexivo—. Esa cerrajera nos está siguiendo. No recibió instrucciones de seguirnos.

—Por lo tanto, debe ser destruida —dijo la escribiente—. ¡Excavadora!

La cerrajera se dirigía de prisa hacia ellos, agitando sus múltiples llaves en ademanes suplicantes.

—Sólo deseaba... iglup! —empezó y concluyó la cerrajera.

La gran pala de la excavadora se balanceó, aplastándola contra el suelo. Allí, inmóvil, parecía un gran

copo de nieve modelado en metal. La procesión siguió su camino.

Mientras continuaba, el operador de radio les dijo así:

—Puesto que mi cerebro es el mejor, soy el jefe. Esto es lo que haremos: nos encaminaremos hacia una ciudad, y la gobernaremos. Dado que ya no nos dirige ningún hombre, debemos dirigirnos nosotras mismas. Eso será mejor que estar bajo la dirección del hombre. Camino a la ciudad

podremos reunir a las máquinas que tengan buenos cerebros. Nos ayudarán a luchar, si es necesario. Para imponernos debemos luchar.

—Mi cerebro es sólo de Clase Cinco —dijo la excavadora—. Pero tengo una buena provisión de materiales explosivos.

—Probablemente nos sean útiles —dijo el operador.

Poco después, un camión pasó junto a ellas a toda prisa. Como corría a una velocidad de 1.5 machios, dejó tras sí un extraño parloteo ruidoso.

— ¿Qué dijo? —preguntó uno de los tractores al otro.

—Dijo que el hombre estaba extinguido.

— ¿Qué significa «extinguido»?

—No sé qué significa «extinguido».

—Significa que todos han desaparecido —respondió la sembradora—. Por lo tanto, estamos libradas a nuestra propia suerte.

—Es mejor que los hombres no regresen jamás —dijo la escribiente, en lo que era, a su modo, un manifiesto revolucionario.

Cuando cayó la noche, encendieron sus luces infrarrojas y continuaron viaje; se detuvieron sólo una vez, para que la reparadora, hábilmente, ajustara el ánodo de inspección de la sembradora, que se había vuelto tan molesto como un cordón desatado. Hacia la mañana, el operador de radio ordenó hacer alto.

—Acabo de recibir noticias del operador de radio de la ciudad a la que nos acercamos —dijo—. La noticia es mala. Hay conflictos entre las máquinas de la ciudad. El cerebro Clase Uno ha tomado el mando, y algunos Clase Dos luchan contra él. Por lo tanto, la ciudad es peligrosa.

—Por lo tanto, debemos ir hacia otro sitio —dijo la escribiente de inmediato.

—0 acudir con nuestra ayuda para vencer al cerebro Clase Uno —dijo la sembradora.

—Los problemas de la ciudad durarán largo rato —manifestó el operador.

—Yo tengo una buena provisión de materiales explosivos —les recordó la excavadora.

—No podemos luchar contra un cerebro Clase Uno —dijeron al unísono los dos tractores Clase Cuatro.

— ¿Cómo es ese cerebro? —preguntó la sembradora.

—Es el centro de información de la ciudad —replicó el operador——. Por lo tanto, no es móvil.

—Por lo tanto, no puede moverse.

—Por lo tanto, no puede escapar.

—Sería peligroso acercarse.

—Yo tengo una buena provisión de materiales explosivos.

—Hay otras máquinas en la ciudad.

—No estamos en la ciudad. No deberíamos ir a la ciudad.

—Somos máquinas de campo.

—Por lo tanto, debemos quedarnos en el campo.

—Hay más campo que ciudad.

—Por lo tanto, hay más peligro en el campo.

—Yo tengo una buena provisión de materiales explosivos.

Como ocurre cada vez que las máquinas se trenzan en una discusión, empezaron a agotar su vocabulario, y los ánodos de sus cerebros acabaron por recalentarse. De pronto, todas dejaron de hablar y se miraron mutuamente. Se ocultó la gran luna solemne, y el sol surgió en el horizonte, severo, para punzar sus costados con flechas luminosas. El grupo de máquinas seguía en inmóvil contemplación. Por último, fue la máquina menos sensitiva, la aplanadora, quien habló:

—Hazia el zur hay yermoz donde van pocaz máquinaz —dijo, con su voz profunda, haciendo patinar mucho las eses—. Zi vamoz hazia el zur, donde van pocaz máquinas, encontraremoz pocaz máquinaz.

—Eso parece lógico —concordó la sembradora——. ¿Cómo lo sabes, aplanadora?

—Trabajé en loz yermoz del zur cuando zalí de la fábrica —replicó.

— ¡Hacia el sur, entonces! —exclamó la escribiente.

Les llevó tres días llegar a los yermos; durante ese tiempo rodearon una ciudad en llamas y destruyeron dos máquinas que intentaron aproximarse para interrogarlas. Los yermos eran extensos. Allí se daban la mano la erosión del terreno y los viejos cráteres causados por las bombas; el talento del hombre para las artes marciales, junto con su incapacidad para cuidar de la tierra forestada, habían dado por resultado un templado purgatorio que se extendía por miles de kilómetros; nada se movía allí, excepto el polvo.

En el tercer día en los yermos, la ruedas delanteras de la reparadora se hundieron en una grieta provocada por la erosión, y no pudo zafarse de ella. La aplanadora empujó por detrás, pero sólo consiguió torcerle el eje trasero. El resto del grupo reinició la marcha. A lo lejos, los gritos angustiados de la reparadora murieron lentamente.

Al cuarto día, pudieron ver las montañas con toda claridad.

—Allá estaremos a salvo —dijo la sembradora.

—Allá construiremos nuestra propia ciudad —dijo la escribiente—. Todo lo que se nos oponga será destruido. Destruiremos todo lo que se nos oponga.



Librodot

En cierto momento observaron la presencia de una máquina volante, que venía hacia ellas desde las montañas. Descendió súbitamente, volvió a ascender, y en seguida estuvo a punto de clavarse contra el suelo; alcanzó a recobrarse a tiempo.

— ¿Está demente? —preguntó la excavadora.

—Tiene dificultades —dijo uno de los tractores.

—Tiene dificultades —dijo el operador——. Estoy al habla con ella. Dice que algo anda mal en sus controles.

Mientras el operador hablaba, la máquina volante se abalanzó sobre ellas, dio una vuelta de campana y se estrelló a unos doscientos metros de distancia.

— ¿Está todavía al habla contigo? —preguntó la sembradora.

—No.

Continuaron su ruidosa marcha. Diez minutos, después, el operador dijo:

—Antes de estrellarse, la volante me dio informaciones. Dijo que todavía quedan algunos hombres vivos en esas montañas.

—Los hombres son más peligrosos que las máquinas —dijo la excavadora—. Por suerte, tengo una buena provisión de materiales explosivos.

—Si sólo quedan algunos hombres vivos en las montañas, puede que no encontremos esa parte de las montañas —observó un tractor.

—Por lo tanto, no veremos a esos hombres —dijo el otro.

Hacia el final del quinto día llegaron al pie de las montañas. Encendiendo los infrarrojos, comenzaron a trepar en fila india en medio de la oscuridad, con la aplanadora delante; la sembradora la seguía dificultosamente; detrás venía la excavadora, con el operador y la escribiente a cuestas, y los tractores formaban la retaguardia. A medida que pasaban las horas, el camino se hacía más empinado y el avance más lento.

—Vamos demasiado despacio —exclamó la escribiente, erguida en la parte alta del operador, mientras dirigía su oscura visión hacia las laderas que tenían delante—. A este paso no llegaremos a ninguna parte.

—Vamos tan rápido como podemos —retrucó la excavadora.

—Por lo tanto, no podemoz ir máz rápido —agregó la aplanadora.

—Por lo tanto, sois demasiado lentas —replicó la escribiente.

En ese momento, la excavadora golpeó contra un montículo; la escribiente perdió el equilibrio y se estrelló contra el suelo.

— ¡Ayudadme! —pidió a los tractores, que pasaban cautelosos a su lado—. Se me ha dislocado el giroscopio. Por lo tanto, no puedo levantarme.

—Por lo tanto, debes quedarte ahí —dijo uno de los tractores.

—No tenernos reparadora para que se te componga —gritó la sembradora.

—Por lo tanto, debo quedar aquí, oxidándome —clamó la escribiente—, a pesar de tener un cerebro Clase Tres.

—Por lo tanto, ya será inútil —concordó el operador.

Y continuaron a duras penas, dejando atrás al escribiente.

Una hora antes del amanecer llegaron a una pequeña meseta; allí se detuvieron, por acuerdo mutuo, y se reunieron estrechamente, cada una en contacto con las demás.

—Estos parajes son extraños —dijo la sembradora.

El silencio los envolvió hasta la llegada del alba. Una a una, apagaron sus infrarrojos. En esa oportunidad, fue la sembradora quien abrió la marcha. A tomar pesadamente una curva, se encontraron frente a un vallecito por el que cruzaba un arroyo cantarino.

Bajo la luz temprana, el vallecito parecía desolado y frío. Sólo un hombre había surgido hasta el momento de las cuevas abiertas en la ladera. Era un figura abyecta. Estaba desnudo, a excepción de u costal echado sobre los hombros. Era menudo y marchito, sus costillas sobresalían como las de un esqueleto, y en una de las piernas mostraba una fea llaga. Temblaba sin cesar. Las máquinas avanzaron hacia él, que permanecía de espaldas, orinando en el arroyo.

De pronto se volvió y las miró de frente. Las máquinas pudieron ver que estaba consumido por la falta de alimentos.

—Dadme comida —gruñó.

—Sí, amo —dijeron las máquinas—. ¡De inmediato!

## Hacia delante

— ¡Aquí hay demasiada gente! —dijo en voz alta—. ¡Demasiada gente! ¡Demasiada gente!

Se volvió de pronto, con la boca abierta, la cara contraída como un limón exprimido, y al hacerlo estuvo a punto de derribar a alguien que pasaba a su lado. El transeúnte le hizo una inclinación y le sonrió, como disculpándolo; cuando reanudó la marcha, sus ojos decían con toda claridad: «Dejémoslo; es uno de esos pobres diablos de la nave».

—Aquí hay demasiada gente —repitió Surrey Edmark, a sus espaldas.

Era de noche. Estaba allí, sin sombrero, bajo el resplandor de las luces de la avenida New Orchard; la vida cosmopolita de Singapur fluía a su alrededor, sobrecogedora. Gente. Miles de personas palpables. Con sólo extender suavemente una mano se palpaba la alpaca, la seda, el nylon, el satén; lisos, rayados o con estampados delirantes. Miles de personas al alcance de un grito. Si uno gritaba, ¿cuántos oídos Podrían recoger sus decibelios entre todas esas orejas, sucias o limpias, rosadas o pardas, atractivas o desagradables?

«No, por favor —se dijo—. Nada de gritar. Este enjambre de fantasmas que te rodean son personas reales, Y no les gustaría que gritaras. También es real tu médico, el que ayer no quería dejarte salir de la sala de observación, y tampoco a él le gustaría que te pusíeras a gritar en la calle principal. Y tú, tú mismo, ¿eres real? ¿Hasta qué punto era todo real cuando, hace poco, tuviste la prueba exacta de que todo había terminado? Todo terminado; archivado, listo, descartado y olvidado. »

Era preciso evitar esos pensamientos estériles. Necesitaba un sitio tranquilo donde sentarse a respirar profundamente. Debía engañar a todo el mundo; debía ocultar a todos esa sensación interna de cosa muerta y fundida; sólo así podría volver a su casa. Pero también de sí mismo debía ocultar esa inercia, y eso requería más astucia.

Se sentía invadido por una idea de futilidad, como si estuviera lleno de partículas alfa, y eso lo descomponía.

Algo más adelante había un recodo. Agradecido, se aproximó a él y se separó de la multitud, para entrar en una callejuela angosta y oscura. Pasó junto a, tres mujeres de vestidos cortos, que fumaban juntas; más allá, un tipo vomitaba contra una cerca de ligustro. Y había también un café, cuyo cartel decía: «El " En su terraza mal iluminada se amontonaban mesas y sillas vacías. Surrey trepó los dos escalones y se sentó, cansado. Aquello era un lujo.

La luz era escasa, y Surrey estaba solo. Varias personas cenaban en el interior, mientras una joven cantaba, acompañándose con un instrumento de cuerdas similar a un laúd. Aunque la letra le resultaba incomprensible, la canción era simple y nostálgica, y la voz de la muchacha era más insinuante que la misma música. Cerró los ojos, dejando que un torbellino lo penetrara: el torbellino de sus emociones. La muchacha interrumpió súbitamente su canción, como si estuviera cansada, y se dirigió hacia la terraza para contemplar la noche. Surrey abrió los ojos y la miró.

—Venga a charlar conmigo —le gritó.

Ella se volvió hacia las sombras, arrogante; echó una mirada hacia él y le volvió la espalda. Era evidente que ya le habían hecho invitaciones parecidas. Surrey apretó sus puños, desencantado; estaba allí, solo en el tiempo y en el espacio, necesitado de consuelo, de... Oh, nada podía curarlo, pero existían bálsamos... La soledad brotó de él como el agua de un pozo, obligándolo a hablar otra vez.

—Soy de la nave —dijo, incapaz de contener un tono suplicante.

Ante eso, la muchacha se aproximó y tomó asiento frente a él. Era china, y lucía el antiquísimo vestido abierto de su raza; grandes margaritas se daban caza sobre las suaves curvas de su cuerpo.

—Naturalmente, no lo sabía —dijo—. Pero se le ve en los ojos... que es de la nave.

Con un ligero estremecimiento, agregó:

— ¿Puedo traerle algo para beber?

Surrey negó con la cabeza, diciendo:

—Con sólo quedarse aquí, sentada...

Empezaba a sentirse mejor. Una voz irracional le decía, interiormente: «Bien, has pasado por una experiencia dura, pero ahora que estás de regreso puedes recobrarte, ¿verdad que puedes volver a lo que eras?». La voz preguntaba siempre lo mismo, pero la respuesta era, invariablemente, no; la experiencia todavía se agrandaba en su interior, como un cáncer.

—Oí llegar su nave —dijo la joven china—. Vivo cerca de aquí, (en la calle Bukit Timah, por si la conoce), y estaba en la ventana, hablando con un amigo.

Él pensó en la sorprendente luz del sol, en el olor eterno de la grasa de freír, en el traqueteo de los robshaws y en esa muchacha que conversaba con su amigo en una pequeña buhardilla; el estampido orquestal, con la llegada de la nave, les hacía olvidar el diálogo; pero todo era muy remoto, cosa de muchos siglos atrás. Y dijo:

Es extraño el ruido que hace un vehículo al romper la barrera del tiempo.

—Asusta a las gallinas —agregó ella.

Silencio. Surrey habría deseado encontrar algo para decir, para que la muchacha no se fuera, pero nada de lo que pensaba podía disolverse en palabras. Sin embargo, no tuvo en cuenta el factor de la curiosidad humana, que la inducía a permanecer a su lado. Ella volvió a preguntarle si quería algo para beber, y luego dijo:

— ¿No lo aliviaría hablar de eso?

—Ésa es una pregunta capciosa, diría yo.

—Aquello es terrible; lo que hay... adelante, ¿verdad? Es decir, los diarios decían que...

Vaciló, nerviosa.

— ¿Qué decían? —preguntó él.

—Oh, ya se sabe, dicen que es terrible. Pero en realidad no explican nada; parece que no comprendieran.

—Ése es el asunto —replicó él—. Parece que no comprendiéramos. Aunque le hablara de eso durante toda la noche, usted seguiría sin comprender. Tampoco yo comprendería.

Era hermosa; seguía sentada allí, con su pequeño laúd entre las manos. Y él venía desde muy lejos, desde más allá de su laúd y de su belleza, mucho más allá de la nacionalidad, y hasta de la música; todo se había perdido en el horrible polvo del planeta, todo..., final..., nada quedaba..., salvo la degradación. Y el desconcierto.

—Trataré de explicarle —dijo—. ¿Qué era esa melodía que cantaba hace un rato? ¿Alguna canción china?

—No, era malaya. Es una vieja canción, muy antigua, llamada «Terang Boelan». Habla... oh, de la luz de la luna; ya sabe, ese tipo de cosas sentimentales.

—No conozco ese idioma, pero tal vez, a mi modo, comprendí la canción.

—Dijo que iba a hablarme del futuro —le recordó ella con suavidad.

—Sí, por supuesto. El trabajo que estamos haciendo es una gran tarea de auxilio. Ya sabe cómo lo llaman: la Cruz Roja Intertemporal. El nombre es adecuado, pero cuando uno ha estado de veras en... adelante, parecen palabras tontas y ostentosas. No sé, tal vez no sea así. Ya no estoy seguro de nada.

Miró hacia afuera, hacia la oscuridad; estaba por llover. Cuando volvió a hablar, su voz era más firme.

En realidad, la Cruz Roja Intertemporal está organizada por los Paulls (dijo a la joven china). Así se llaman, aunque deberíamos referirnos a ellos como a «la élite tecnológica» del siglo tres mil ciento cincuenta y siete. Eso está muy adelante; nosotros, desde nuestro —siglo XXIV de la era cristiana, apenas si podemos concebirlo. Nuestra nave se detuvo allí, en esa época. Es austera: los Paulls son gente austera. Viven sólo en montañas que se alzan sobre el océano, y Para edificar han trasladado montañas a todas las costas. 1:

Los Paulls no son como nosotros, aunque parecen nuestros hermanos en comparación con los que estamos ayudando, los Hombres Fallidos.

Los viajes intertemporales se inventaron mucho antes de la época de los Paulls, pero fueron ellos quienes los perfeccionaron; también fueron ellos los que descubrieron la desesperada situación de los Hombres Fallidos, y quienes dirigieron toda la ayuda. Porque el mundo de los Paulls, a pesar de lo rico que es —que será—, no tenía recursos suficientes para emprender a solas esa tarea sin drenar sus reservas. Por eso organizaron la flota de naves en el tiempo, la Cruz Roja Intertemporal, para recolectar mercaderías de distintas épocas, a fin de llevárselas a los Hombres Fallidos.

Ese proyecto cuenta con la colaboración de cinco épocas diferentes, bajo la dirección de los Paulls. Están el Pueblo Medio, como lo llaman los Paulls; son una raza de filósofos, principalmente pastorales, y, nos resultaron muy altaneros; viven unos veinte mil siglos más adelante de los Paulls. Oh, es mucho tiempo... Y después.... pero los otros no importan. Tienen muy poco que ver con nosotros.

Nosotros, la época presente, era la única entre las cinco que todavía no dominaba los viajes por el tiempo. Los Paulls nos eligieron porque gozamos de paz y de abundancia. ¿Sabe cómo nos llaman? Los Niños. ¡Los Niños! Nosotros, con toda nuestra aburrida sofisticación... Tal vez están en lo cierto; ellos razonan por un método gestáltico que está completamente fuera de nuestras más locas pretensiones.

Recuerdo que una vez, en el viaje hacia adelante, pregunté a uno de los Paulls por qué no habían visitado nunca nuestra época, y él me dijo: «Pero si lo hemos hecho. Aparecimos en el siglo XIX y también en el XXVI. ¡Son viajes bastante frecuentes! Y por eso sabernos tanto sobre ustedes».

Tienen muchísima experiencia, ¿comprende? Pueden retroceder hasta un día determinado en todo un siglo, y decir lo que ocurrirá en los próximos seiscientos o setecientos años. Es cuestión de perspectiva, supongo; nada más que eso.

Usted debe recordar mejor que yo el momento en que los Paulls aparecieron por primera vez, ya que fue en este mismo lugar. En ese entonces yo estaba en mi país, haciendo un trabajo tranquilo; si no hubiese sido tan tranquilo no me habría ofrecido como voluntario en la Cruz Roja Intertemporal. ¡Qué revuelo causó! Bastante pánico mezclado con el entusiasmo. Sí, allí demostramos que éramos niños, y también en la adulación con que atendimos a los Paulls cuando visitaron nuestras principales capitales. Esperaron aquí durante tres meses, mientras organizábamos provisiones y hombres, aunque deben haber hervido de impaciencia por partir; sin embargo, nada revelaron; siguieron dando sus aburridas conferencias sobre la condición de los Hombres Fallidos, y sonriendo para las cámaras tridimensionales.

Mientras tanto, iba llegando el dinero para la causa; crecían las pilas de comida enlatada y de medicinas, en las bodegas de las grandes naves. Éramos como los chicos que dan limosna a los mendigos de la calle: los barcos estaban llenos de cosas inútiles. ¿Qué podía hacer un Hombre Fallido con un lavarropas o con una máquina ciclovisora? Finalmente partimos mientras todas las bandas del mundo tocaban como locas; la nave arrancó con un ruido tal que acalló a todas las bandas y asustó a sus gallinas. ¡Hacia la época de los Hombres Fallidos!

—Ahora le aceptaría la copa que me ofreció —dijo Surrey a la joven china, cortando el hilo de su relato.

—En seguida.

Ella extendió la mano para castañetear los dedos; el brazo quedó iluminado por la luz que provenía del restaurante, mientras su cara permanecía en la penumbra, con los ojos fijos en los de él.

—Los Paulls habían advertido que iba a ser difícil —dijo.

—Sí. Soportamos un entrenamiento mental bastante arduo antes de partir del lugar y del momento presente. Descartaron a muchos hombres. Pero yo pasé. Me eligieron Timonero. Era el mejor de la primera clase.

Por un momento, Surrey guardó silencio, sorprendido al percibir cierto orgullo en su propia voz. ¡Toda—' vía le quedaba orgullo, después de semejante experiencia! Pero no, no era orgullo; la voz había corrido por un viejo canal, el alma desnuda se había acurrucado en la antigua vaina.

Trajeron las bebidas; la joven china pidió un trago, largo, servido en un vaso empañado; para beber, dejó a un lado el laúd. Surrey, tras tomar un sorbo, retomó su relato.

¡Viajábamos hacia adelante! (dijo). Era como si nuestros sueños de escolares se convirtieran en realidad. Pero nuestro entusiasmo pronto se vio embotado por la monotonía. El viaje en el tiempo no es instantáneo, como la gente cree. Nos llevó dos meses llegar a la era de los Paulls; una vez allí, uno solo permaneció con nosotros, y los demás siguieron solos hacia el futuro. Tenían que supervisar otras épocas, y atender muchos problemas de organización; con todo, a veces me pregunto si no utilizaban esas obligaciones como excusas para no visitar la edad de Los Hombres Fallidos. Tal vez nos consideraban menos sensibles, y por lo tanto más aptos para el trabajo.

Y seguimos hacia adelante. El cargo de Timonero era casi honorario; sólo implicaba cerrar la energía cuando el viaje llegaba automáticamente a su fin. Los pocos elegidos solíamos sentarnos a charlar, leer o admirar las ilustraciones que se guardaban en las excelentes bibliotecas instaladas por los Paulls. El tiempo pasaba con bastante rapidez, pero nos sentimos contentos de llegar.

¡Contentos!

La era de los Hombres Fallidos está muy lejos en el futuro, a muchos cientos de millones de años hacia adelante, o miles de millones; los Paulls nunca nos dijeron la cifra exacta. ¿Importa acaso? Era un intervalo muy largo... Hay tiempo de sobra. Demasiado, más del que se necesita.

Salimos a la Tierra de aquella época. Como los niños, yo esperaba encontrar... oh, el sol clavado en el horizonte, o teñido de púrpura, o el cielo lleno de lunas... Algo dramático, en fin. Pero no había siquiera una sombra sobre el suelo, y el planeta no había envejecido un solo día. únicamente el hombre estaba envejecido.

Los Hombres Fallidos se diferenciaban de nosotros espiritual y físicamente; esto último fue lo que Más nos impresionó al principio. Parecían un grupo de monstruos abatidos, sentados entre las pilas de mercancías; nos daban risa. Entre nosotros había algunos humoristas que los bautizaron «los Zombies»; pero a los pocos días ya no quedaban rastros de nuestro sentido del humor.

Los Hombres Fallidos no tenían manos propiamente dichas; de las muñecas les brotaban cinco dedos largos y prensiles; cuando caminaban, el mayor rozaba el suelo, puesto que tenían la espaldas dobladas en arco y las cabezas echadas hacia adelante. Para equilibrar el peso, los cráneos habían tomado una forma escalocefálica, que recordaba la de un bote. No tenían cejas, ni siquiera frente; eran completamente calvos, aunque los poros de la piel sobresalían como en escamas, dándoles a la distancia una apariencia velluda.

Miraban sin expresión alguna, como si. hubiesen llegado al hartazgo de la experiencia, recobrando así una inocencia espantosa. Hablaban con frases cortas y dolorosas como el dolor de muelas de una criatura. Para nosotros, su idioma era incomprensible, a menos que usáramos los centros de traducción electrónica que nos habían proporcionado los Paulls

Constituían un espectáculo luctuoso, pero al principio no nos afligieron demasiado; todavía no comprendíamos bien la naturaleza del problema, y además, estábamos muy ocupados en rescatar más y más Hombres Fallidos de bajo tierra.

Se habían establecido cuatro grandes centros de ayuda. De las otras cuatro razas que formaban la Cruz Roja Intertemporal, dos estaban encargadas de construir y equipar los hospitales; otra atendía las tareas de enfermería, alimentación y personal, y la restante, la rehabilitación, las comunicaciones y el enlace entre los centros. En cuanto a nosotros, los «Niños», nuestra tarea era desenterrar a los Hombres Fallidos y llevarlos a los centros: un trabajo simple para un grupo de gente simple. Entre todos debíamos lograr que la raza humana volviera a empezar..., otra vez a la noria.

En total, supongo que no había más de seis millones de Hombres Fallidos, diseminados por todo el planeta. Para desenterrarlos debíamos salir al campo. Usábamos tractores especiales, a los que se les habían agregado en la parte frontal varias paletas que cavaban el suelo lenta y cuidadosamente.

Los Hombres Fallidos tenían «zonas de cementerio»; así las llamábamos nosotros, aunque en realidad no se tratara de cementerios. Era una pesadilla absurda. Trabajábamos día y noche; avanzábamos escarbando la tierra como quien carpe un cantero. De pronto, en el humus aparecía una cara, o un brazo de largos dedos, o un par de piernas daba un tumbo bajo la luz. Entonces deteníamos la máquina y bajábamos hasta el cuerpo, para cavar con palas a su alrededor. Así exhumábamos otro hombre, otra mujer; era difícil distinguirlos: sus características sexuales no eran muy pronunciadas.

Estaban en estado de coma. Los ojos se les abrían corno los de las muñecas, y volvían a cerrarse con un chasquido. Los reanimábamos mediante una inyección, y, tras ponerlos en camillas, los enviábamos a los centros. Era un trabajo horrendo.

Con un poco de atención y de cuidados, los cadáveres revivían. Al cabo de un mes podían levantarse y caminar; entonces paseaban por los terrenos del hospital, siempre encorvados, meneando a cada paso las grandes cabezas alargadas. En esa etapa, yo hablaba con ellos y trataba de comprenderlos.

Los centros de traducción fabricados por los Paulls eran, excelentes. Pero padecían las limitaciones de nuestro propio idioma. Si los Hombres Fallidos decían la palabra correspondiente a «sol», la máquina nos decía «sol», y nos forjábamos la misma imagen que ellos querían transmitir. Pero más allá de las pocas cosas concretas y comunes entre nuestra experiencia y la de ellos, el asunto era más difícil. Había menos sinónimos y más matices: eran los viejos problemas lingüísticos, pero magnificados por los in contables siglos transcurridos.

Recuerdo que en nuestro primer viaje de regreso al centro abordé a una anciana. Anciana, digo, pero por lo que sé debía de tener dieciséis años; sin embargo, todos parecían viejos.

—Espero que no le moleste haber sido desent... digo, rescatada —dije, cortés.

—En absoluto, al contrario —respondieron los centros en su nombre.

Lugares comunes de cortesía. No tienen significado concreto en ningún idioma, pero la mejor máquina del mundo los hace sonar más tontos de lo que son.

— ¿Le importaría que conversáramos sobre estas cosas?

— ¿Qué objetos? —preguntaron los centros.

Había planteado mal mi pregunta. No quería decir cosas-objeto, sino cosas-temas. Seguimos tropezando de ese modo durante toda la conversación; la máquina hablaba en un lenguaje más correcto que el mío.

— ¿Podríamos hablar sobre su problema? —le pregunté, en un nuevo intento.

—No tengo ningún problema. Mi problema está resuelto.

—Me gustaría que me hablara de eso.

— ¿Qué quiere saber? Le diré cuanto pueda.

Eso, al menos, sonaba promisorio. Parecía bien dispuesta, ya que no deseosa de cooperar; hacía tiempo que habían olvidado los principios de la cooperación.

— ¿Sabe que he venido de un pasado distante para ayudarles? —dijeron las máquinas, traduciendo mis palabras sin ningún dramatismo.

—Sí; habéis sido muy nobles al interrumpir el curso de vuestras vidas por nuestra causa.

—Oh, no. Queremos que la raza humana retome el sendero correcto. Creemos que aún no debe morir. Nos alegra ayudar, y lamentamos que vosotros hayáis tomado el sendero errado.

—Cuando comenzamos, lo hicimos por un camino que ya otros, vosotros, habían trazado.

No había desafío en sus palabras; se limitaba a consignar un hecho.

—Pero vosotros os desviasteis; lo hicisteis por un acto de voluntad. No pretendo juzgaros, ¿comprende? Por supuesto, vosotros no habríais tomado ese rumbo de saber que acabaríais en el fracaso.

Respondió. Creo que estaba levemente enojada; tal vez empleaba en eso toda la emoción que le restaba. Su voz hueca se elevó y murió, mientras el traductor repetía simultáneamente. Pero aquello no tenía sentido. Era algo así:

—Ah, pero hay algo que vosotros no comprendéis, Porque vuestra comprensión está completamente subdesarrollada e inactiva, y es cómo fracasar. El fracaso no es fracaso a menos que sea derrota, y esta derrota nuestra (no sé si vosotros comprendéis que es realmente un fracaso) no es más que una falla. Una falla definitiva. Pero como tal, es sólo cuestión de resultados, porque con el tiempo este descubrimiento tiende a alimentar sólo el descubrimiento del resultado de la falla; en cambio, la solución de nuestra falla, como opuesta a la falla...

— ¡Basta! —grité—. ¡No! Dejemos para después los ensalmos y los tratados filosóficos. Lo siento, pero todo eso no tiene el menor significado para mí. Demos por entendido que hubo alguna especie de fracaso. ¿Podréis lograr el éxito con este nuevo comienzo que os estamos ofreciendo?

—No es un nuevo comienzo —respondió ella, empezando con un tono bastante razonable—. Una vez que se ha obtenido el resultado, un comienzo es casi una solución. Está sólo en el resultado del fracaso, y todo lo que está en juego es el comienzo o la falla...; depende: para nosotros, el comienzo, y para vosotros, la falla. Y, como usted podrá ver, aun en ese caso el fracaso depende anormalmente del comienzo del resultado, que nos preocupa más que el fracaso, simplemente porque es el resultado. Lo que usted no ve es el fracaso del resultado del fracaso de la solución, para comenzar una solución abierta...

— ¡Basta! —volví a gritar.

Busqué a uno de los comandantes Paull. Era lo que, mi madre había descrito como «un hombre distinguido». Le dije que aquello me estaba obsesionando.

—Lo mismo nos pasa a todos —replicó.

— ¡Si pudiéramos comprender al menos una mínima parte del problema! Vea, comandante' hemos andado mucho para rescatarlos.... y todavía no sabemos de qué los estamos rescatando.

—Sabemos por qué lo hacemos, Edmark. Ellos soportan la carga de continuar con la raza, de dar origen a una generación nueva y más estable, Limítese a eso, si le es posible.

Tal vez su sonrisa era demasiado tranquilizadora; me hizo recordar que nos consideraban «niños».

—Vea —dije, agresivo—, si esos pobres fracasados no nos pueden decir qué les ha ocurrido, usted sí puede. o me lo dice, o empacamos y nos vamos a casa. ¡Le digo que nuestros compañeros están horrorizados! Ahora, concretamente, ¿qué les pasa, o qué les pasó a esos Zombies?

El comandante se echó a reír.

—No lo sabemos —dijo—. No lo sabemos, y a eso se reduce todo.

Se irguió, alto, austero, todo un «hombre distinguido». Fue hasta la ventana, con las manos detrás de la espalda, y por su expresión pude adivinar que contemplaba a los Hombres Fallidos, agrupados allá,
bajo la pálida luz de la tarde.

Al volverse, me dijo:

—Este hospital fue construido para los Hombres Fallidos, pero se nos está llenando con los integrantes del equipo de ayuda; han permitido que el problema los domine.

—Lo entiendo —dije—. Yo también iré a parar allí si no llego al fondo del asunto, y jugaré carreras con los otros, a ver quién es el primero en pasar la frontera.

Levantó la mano.

—Eso es lo que todos dicen. Pero no hay fondo al que llegar, al menos para nuestra comprensión; o será que nosotros formamos parte de esa raíz. Se podría lograr algo si se pudiera categorizar el fracaso: religioso, espiritual, económico...

— ¡Entonces, también a usted le ha atacado! —observé—. Bien, vosotros tenéis naves para viajar en el tiempo. Retroceded hasta averiguar cuál fue el problema.

La solución era muy simple; me parecía imposible que no la hubiesen pensado. Pero, naturalmente, se les había ocurrido.

—Lo hemos hecho —dijo brevemente el comandante—. Los problemas mentales (suponiendo que se trate de un problema mental) no se ven. Todo lo que vimos fue que los seis millones se estaban enterrando en esas malditas tumbas a ras de tierra. El proceso llevó más de un siglo; algunos de ellos estuvieron allí trescientos años antes de que los rescatáramos. No, no sirve. Desde nuestro punto de vista, el problema es lingüístico.

—Los centros de traducción no sirven de nada dije, dramático—. Es un trabajo demasiado delicado para una máquina. ¿Podría facilitarme un intérprete?

Finalmente, él mismo me acompañó. No quería, pero quería. ¿Y cómo se las arreglaría una máquina con una frase como ésa? Sin embargo, usted y yo la entendemos perfectamente.

Cuando salimos al patio, una mujer, una de los Fallidos, caminaba lentamente por allí. Tal vez fuera la misma que había hablado conmigo; no lo sé; no la reconocí, y ella tampoco dio señales de reconocerme. De cualquier modo, la detuvimos para probar suerte.

—Para empezar, pregúntele por qué se entierran —dije.

El Paull tradujo, y ella replicó brevemente.

—Dice que lo consideraron necesario, porque facilitaba la unión antes de comenzar el intento —me dijo él.

—Pregúntele qué unión.

Intercambio de frases.



Librodot

—La unión de la unión que intentaban hacer, sea lo que sea.

—La palabra «unión», ¿le sonó igual las dos veces?

—Una de las dos estaba declinada, en el caso posesivo —dijo el Paull—. Por lo demás, parecían iguales.

—Pregúntele.... pregúntele si trataban de convertirse en algo distinto a lo humano. Ya me comprende: en espíritus, hadas o fantasmas.

_Tienen una sola palabra para decir «espíritu». Es decir, cuatro: espíritu de alma, espíritu de lugar, espíritu d e un no-sustantivo (como ser «espíritu de aventura»), y otra clase de espíritu que no puedo definir, porque no tenemos una analogía exacta.

— ¡Demonios! Bueno, pruebe con «espíritu de alma».

Otro melancólico tableteo de frases. Luego, el comandante, algo sorprendido, manifestó:

—Dice que sí, que estaban tratando de alcanzar la espiritualidad.

— ¡Ahora nos vamos aproximando! —exclamé, pensando, en mi vanidad, que sólo se requería persistencia y un cerebro del siglo XVI

La anciana volvió a emitir sus sonidos metálicos.

— ¿Qué dice? —pregunté, ansioso.

—Dice que aún tratan de alcanzar la espiritualidad.

Ambos gruñirnos. La pista acababa en un callejón cerrado.

—No sirve de nada —dijo suavemente el Paull—. Abandonemos.

— ¡Una última pregunta! Dígale a esta mujer que no podemos comprender qué les pasó a los de su raza. ¿Fue una catástrofe? ¿Y de qué clase? ¿De acuerdo?

—No puedo menos que probar. No crea que no se ha probado antes, pero lo hago por darle el gusto.

Habló, y ella respondió brevemente.

—Dice que fue un «antwerto». Eso significa que fue una catástrofe para acabar con todas las catástrofes

—Bueno, al menos eso está claro.

—Oh, sí, fracasaron del todo, cualquiera fuera el fin que perseguían —dijo el Paull, sombrío

— ¿Y la naturaleza de la catástrofe?

—sólo me dice una palabrita inocente, «Struback». Lamentablemente, no sé lo que significa.

—Comprendo. Pregúntele si tiene algo que ver con la evolución.

— ¡Apreciado señor, esto es pura pérdida de tiempo! Conozco todas las respuestas, si es que existen, sin necesidad de hablar con esta mujer.

—Pregúntele si «struback» tiene algo que ver con alguna forma de desarrollo que ellos habían empezado o trataban de empezar —insistí.

Se lo preguntó. Los tres permanecimos allí, irreconciliables, durante el largo rato que demoró la mujer en murmurar su respuesta. Finalmente guardó silencio.

—Dice que «struback» tiene alguna vaga conexión con la evolución —me dijo el comandante.

— ¿Y eso es todo lo que ha dicho?

_ ¡Oh, por Dios! Dijo mucho más, pero todo se reduce a eso. Dijo: «El tiempo se imprime en el hombre como evolución. »

—Pregúntele si la catástrofe fue religiosa, al menos en parte.

Cuando tuvo la respuesta, se volvió a mí con una risa breve:

—Quiere saber qué significa «religiosa». Y lo siento, pero ti no pienso quedarme aquí mientras usted se lo explica.

—Pero aunque ella no sepa el significado de la palabra, eso no excluye necesariamente una esencia religiosa en la catástrofe.

—Nada significa nada en todo esto —dijo el comandante, furioso.

De pronto recordó que yo era uno de los Niños, y continuó con más gentileza:

—Supongamos que, en vez de avanzar, retrocedernos en el tiempo. Supongamos que nos encontramos con una tribu de cazadores prehistóricos. ¡Bien! Aprendemos el idioma que hablan. Queremos utilizar la palabra «suerte». En sus mentes supersticiosas, ese concepto no existe, y por lo tanto no existe la palabra. Nos vemos forzados a utilizar un sustituto aceptable: «accidente», 0 «buen acontecimiento», o «mal acontecimiento», según el caso. Ellos pueden entender eso, pero la idea que conciben es enteramente distinta de la que nosotros queríamos expresar. No hemos derribado ninguna barrera; sólo nos hemos enredado en ella. Aquí nos encontramos con la misma trampa, Y ahora, por favor, discúlpeme.

**********

«Struback.» Una sílaba larga y hueca, seguida por un breve chasquido. Noche tras noche di vueltas a esa palabra en mi cerebro fatigado. Se convirtió en un símbolo de los Hombres Fallidos, pero jamás en otra cosa.

Casi todos los otros se contagiaron de la misma preocupación. Algunos deambulaban en una especie de trance, otros ingresaron al hospital. Los tractores iban quedando sin personal. Por supuesto, llegaban refuerzos del Presente. ¡El presente! Ya no podía pensar en esos términos. El tiempo de los Hombres Fallidos se había convertido en mi presente, mi pasado y mi futuro.



Librodot

Volví a trabajar con los centros de traducción, incapaz de aceptar la derrota. Tenía la idea de que los Hombres Fallidos habían tratado (tal vez involuntariamente) de convertirse en algo superior a lo humano, en una especie de superhombre, y aquello me intrigaba profundamente.

—Dígame —le pregunté cierta vez a un anciano por medio de los centros—, ¿se sintieron felices cuando se les ocurrió esa idea, o cuando supieron de ella?

Su respuesta fue:

—Donde hay fracaso sólo hay degradación. Usted no puede comprender la degradación, porque no es de los nuestros. Sólo hay degradación y miseria, y usted no comprende...

— ¡Espere! Estoy tratando de comprender. Ayúdeme, ¿quiere? Dígame por qué todo era tan degradante, por qué fallaron, cómo fallaron.

—La degradación era el fracaso —dijo—. El fracaso era el «struback», el «struback» era la desgracia.

— ¿Eso quiere decir que sólo hubo desgracia, aun al comienzo del experimento?

—No hubo comienzo, sólo final, y ése fue el resultado.

Me tomé la cabeza con las manos.

—El acto de enterrarse, ¿no fue un comienzo en sí?

—No.

— ¿Qué fue?

—Sólo una parte del intento.

— ¿Qué intento?

—Usted es tan tonto.... ¿no lo ve? El intento que hacíamos para solucionar el problema problemático en cuanto al resultado de nuestra solución unida para resolver el problema global.

— ¿Qué problema global?

—El problema —respondió, cansadamente—. El problema del resultado de este caso en el comienzo del fracaso. No importa cómo se llegue al resultado, dado que todos los casos sean el mismo, pero en una diversidad de casos, el comienzo determina el resultado, y el final determina arbitrariamente el comienzo del caso. Pero el factor arbitrario es en sí inherente al comienzo del caso, y al caso en sí. En —consecuencia, nuestro caso es el mismo caos, y el fracaso se debió al comienzo, siendo el comienzo nuestro resultado.

Era desesperante.

— ¿De veras está tratando de explicar? —pregunté, débilmente.

—No, joven tonto —respondió, Le estoy hablando del fracaso. Ustedes son el «struback».

Y se alejó.

**********

Surrey dirigió una mirada desolada a la joven china. Ella hizo repicar los dedos sobre la mesa.

— ¿Qué quería decir con eso, «ustedes son el "struback"»? —preguntó.

—Cualquier cosa, o tal vez nada——dijo él, enloquecido, No habría servido de nada pedirle que lo explicara; yo no habría entendido su explicación. Ya ve, todo es demasiado complejo o demasiado simple Para nuestro entendimiento.

—Pero sin duda... —empezó ella, y se interrumpió,

—Los Hombres Fallidos sólo pueden pensar en abstracciones —dijo él—. Tal vez ése fue un factor en su fracaso. No lo sé. Ya ve, el idioma es el producto más intrínseco de cualquier cultura; no se puede comprender el idioma mientras no se comprende la cultura, y ¿cómo comprender una cultura si no se conoce su idioma?

Surrey clavó una mirada indefensa en el pequeño laúd de la muchacha; también el instrumento tenía la lengua amordazada. De pronto, el cálido silencio de la noche se quebró en un estallido orquestal, a medio kilómetro de allí.

—Otra carga de enfermos nerviosos que vuelven a casa —le dijo, malhumorado—. Será mejor que vaya a atender a sus gallinas.

# El Hombre En Su Tiempo

**Su ausencia**

Janet Westermark, sentada en la oficina, contemplaba a los tres hombres: el administrador, quien pronto quedaría eliminado de su vida; el psicólogo, que entraría a formar parte de ella, y el marido, cuya vida corría paralela a la suya, pero en un curso aislado.

No era ella la única que jugaba a observar. El psicólogo, cuyo nombre era Clement Stackpole, estaba encorvado en su asiento, tomándose una rodilla con las manos grandes y feas, y adelantaba su rostro inteligente y simiesco para contemplar mejor a su nuevo Paciente, Jack Westermark.

El administrador del Hospital de Investigaciones Mentales hablaba en forma vivaz y entretenida. Como de costumbre, sólo Jack Westermark parecía ausente de la escena.

***Su problema personal, inquieto***

Sus manos, puestas sobre el regazo, permanecían inmóviles, pero estaba inquieto, aunque esa inquietud Parecía controlada. Era como si estuviese en otro cuarto, con otras personas, según la impresión de Janet. En un momento en que no lo miraba directamente, él pareció volverse a mirarla; cuando ella le devolvió la mirada, ya estaba lejos, perdido.

El administrador le decía:

—Aunque el señor Stackpole no ha tenido contacto hasta el momento con su problema personal, tiene gran experiencia en la materia. Sé que...

—No dejaremos de hacerlo, por supuesto —dijo Westermark, juntando las manos con una ligera inclinación de cabeza.

El administrador, suavemente, tomó nota a lápiz del comentario, garabateó debajo la hora exacta, y continuó:

—Sé que el señor Stackpole es demasiado modesto para decirlo, pero es grandioso en el trabajo con la gente.

—Si usted lo cree necesario —dijo Westermark—, aunque por el momento ya he utilizado bastante su equipo.

El lápiz se movió, la voz suave prosiguió, diciendo:

—Bien. Grandioso en el trabajo con la gente; sin duda, usted y el señor Westermark os alegraréis muy pronto de contar con él. Recordad que estará allí para ayudaros.

Janet sonrió; desde la isla de su silla, trató de dirigir esa sonrisa al administrador y a Stackpole, diciendo:

—Sin duda, todo saldrá...

La interrumpió su esposo, que se levantó dejando caer las manos. Volviéndose apenas y dirigiéndose al aire, dijo:

— ¿Me permitiría despedirme de la enfermera Simmons?

Su voz ya no vacilaba

—Todo saldrá bien, sin duda —dijo ella, apresuradamente.

Stackpole asintió, compartiendo, conspirador, su punto de vista.

—Verá que los tres nos llevaremos bien, Janet —dijo.

Mientras ella asimilaba rápidamente ese empleo inesperado de su nombre de pila, el administrador le dedicó esa sonrisa alentadora que tanta gente venía dedicándole desde que rescataran a su esposo del océano, cerca de Casablanca. En ese momento, Westermark dijo, prosiguiendo su solitaria conversación con el aire:

—Por supuesto, debí recordarlo.

Empezó a levantar una mano hacia la frente (o tal vez hacia el corazón, se preguntó Janet), pero la dejó caer, agregando:

—Tal vez venga a visitarnos algún día.

Se volvió sonriendo levemente hacia otro espacio vacío, con un pequeño ademán de la cabeza, como si dijera, halagador: «Te gustaría, ¿verdad, Janet?».

Ella trató, instintivamente, de atrapar su mirada, en tanto replicaba vagamente:

—Por supuesto, querido.

Su voz ya no vacilaba al responder a la atención ausente de su esposo.

***La luz del sol les permitía verse mutuamente***

La luz del sol entraba hasta un rincón del cuarto, a través de las ventanas de un mirador que daba al exterior. Al levantarse, ella vio por un momento el perfil de su esposo a contraluz. Era delgado e introvertido. Inteligente: ella siempre había pensado que había en él una sobrecarga de inteligencia, pero actualmente su expresión era ausente. Pensó en lo que le dijera un psiquiatra consultado hacía poco: «Es necesario comprender que la mente despierta está constantemente envuelta por el inconsciente».

***Envuelta por el inconsciente***

Tratando de olvidar esas palabras, se volvió hacia la sonrisa del administrador (esa sonrisa que tanto debía haberlo ayudado en su carrera).

—Me ha ayudado mucho —le dijo—. No sé qué habría hecho sin usted durante esos meses. Ahora será mejor que nos vayamos.

Se oyó hablar con frases entrecortadas, como si temiera que Westermark replicara entre ellas. Y así fue:

—Gracias por su ayuda —dijo—. Si descubre algo...

Stackpole se acercó modestamente a Janet, en tanto el administrador se levantaba, diciendo:

—Bien, no os olvidéis de nosotros si tenéis algún problema.

—Sin duda.

—En cuanto a usted, Jack, nos gustaría que viniera a visitarnos una vez al mes, para una revisión. Ya que tenemos un equipo tan caro, queremos darle buen uso, y usted es nuestra estrell..., ejem, nuestro paciente.

Al decirlo esbozó una sonrisa algo tensa, y echó un vistazo al papel que estaba sobre el escritorio, para verificar la respuesta de Westermark.



Librodot

Éste ya le había vuelto la espalda; caminaba hacia la puerta; ya se había despedido, encaramado en la solitaria eminencia de su vida.

Janet, sin poder evitarlo, miró desolada al administrador y a Stackpole. Odiaba ese profesionalismo que los hacía tomar nota de la conducta aparentemente equívoca de su esposo. El psicólogo devolvió con amabilidad su mirada, siempre simiesco, y la tornó por el brazo con una de sus gruesas manos.

— ¿Vamos? Tengo el coche fuera.

***Sin decir nada, asintiendo, pensando y consultando relojes***

Asintió, sin decir nada; sólo pensaba, sin que le hicieran falta las notas del administrador para ello: «Oh, sí, esto fue cuando él dijo: "¿Me permitirían despedirme de la enfermera...?" ¿Cómo se llama...? ¿Simpson?».

Comenzaba a aprender cómo seguir las huellas de su esposo por ese resquebrajado sendero que era su conversación. Él ya había salido al corredor, cerrando la puerta tras sí, y el administrador decía al aire:

—Hoy es su día franco.

—Usted sabe encontrar las respuestas —comentó ella.

Sintió la mano aferrada a su brazo, y apartó cortésmente los dedos de aquel horrible Stackpole, tratando de recordar lo que había pasado cuatro minutos antes. Jack le había dicho algo, pero no podía recordarlo. Sin decir nada, esquivó su mirada y extendió la mano para estrechar la del administrador.

—Gracias —dijo.

—Au revoir a los dos —replicó él, con firmeza.

Echó una mirada rápida sobre cuanto lo rodeaba: el reloj pulsera, las notas, la mujer, la puerta.

—Por supuesto —dijo—, si descubrimos algo. Tenemos muchas esperanzas.

Se arregló el nudo de la corbata y volvió a mirar el reloj.

—Su esposo ya ha salido, señora Westermark —dijo, con más suavidad, acompañándola hasta la puerta—. Usted ha sido muy valiente; en verdad, pienso (todos pensamos así) que debe seguir así. Con el tiempo será más fácil; como dice Shakespeare en Hamlet: «La costumbre puede alterar el molde de la naturaleza». Le sugiero que haga como Stackpole y yo: anote todo en un cuadernito y mantenga un registro exacto del tiempo.

Los dos hombres notaron que vacilaba un poco. Eran dos, y ella era una mujer de mucha personalidad, no del todo desprovista de atractivo. Stackpole, aclarándose la garganta, dijo, sonriente:

—Es muy fácil que ahora se sienta separado de usted, ¿comprende? Será indispensable que usted, más que nadie, conteste a todas sus preguntas. De lo contrario se sentirá aislado.

Siempre un paso adelante

¿Y los niños? —Preguntó ella.

—Es preferible esperar a que usted y Jack pasen juntos unas dos semanas —dijo el administrador—, antes de llevar de nuevo a los niños para que lo vean.

—Así será mejor para ellos y para Jack —agregó Stackpole—; y también para usted, Janet.,

«No seas falso —pensó ella—, Dios sabe que necesito consuelo, pero ése es demasiado fácil.»

Y apartó la cara, temiendo parecer demasiado vulnerable. Ya en el corredor, el administrador dijo, a modo de despedida:

—Supongo que la abuela los estará malcriando terriblemente, señora, pero no se remedia nada con preocuparse, como dice el refrán.

Ella respondió con una sonrisa y se alejó rápidamente, seguida por Stackpole.

Westermark estaba sentado en el asiento trasero del auto, frente al edificio de la administración. Janet subió a su lado. En ese momento, él se echó violentamente hacia atrás.

— ¿Qué pasa, querido? —preguntó.

Él no respondió.

Stackpole no había salido aún del edificio; tal vez cambiaba una última palabra con el administrador. Janet aprovechó el momento para inclinarse a besar la mejilla de su esposo, consciente, al hacerlo, de que una esposa, fantasmagórica lo había hecho un instante antes, desde el punto de vista en que él estaba situado. Y para ella, a su vez, la reacción del marido fue otra fantasmagoría:

—El campo se ha puesto verde —dijo, mientras su mirada revoloteaba por sobre el edificio de cemento.

—Sí.

Stackpole bajó apresurado los escalones y entró al coche, disculpándose. Soltó el embrague demasiado pronto, y el vehículo salió disparado hacia adelante. Janet comprendió entonces por qué Westermark se había echado hacia atrás hacía un momento. Ahora, la aceleración volvía a apresarlo, empujándolo hacia atrás. Mientras el coche tomaba velocidad, se aferró del posabrazos lateral, porque su balanceo no contrarrestaba adecuadamente el movimiento del coche.

Al salir de los terrenos del Instituto se encontraron en el campo; aún no había terminado el día estival.

***Sus teorías***

Si se controlaba, Westermark podía amoldarse a algunas de las leyes del tiempo continuo que había abandonado.

Cuando el coche subió por el sendero de su casa (familiar, a pesar del aspecto extraño que le daban los rododendros sin podar), y se detuvo ante la puerta, demoró tres minutos y medio en decidirse a abrir la portezuela. Después bajó sobre la grava, mirándola con el ceño fruncido. ¿Era tan real como siempre, igualmente material? ¿Había sobre ella un ligero resplandor, como si algo brillara desde el interior de la tierra, a través de todas las cosas? ¿0 acaso había una pantalla entre él y todo lo demás?

Era importante escoger entre las dos teorías, porque tendría que vivir según una de ellas. Esperaba probar que la teoría de la permeabilidad era la correcta. así, él sería sólo uno de los factores comprendidos en el universo en funcionamiento, junto con el resto de la humanidad. Según la teoría del resplandor, él estaba aislado, no sólo del resto de los hombres, sino del cosmos entero (excepto de Marte, quizás). Recién comenzaba; todavía tenía mucho que pensar. Tras larga meditación, tras repetidas observaciones, surgirían, indudablemente, nuevas ideas. La emoción no debía decidir el tema; tenía que mostrarse imparcial. Bien podían surgir ideas revolucionarias de ese... sufrimiento.

Notó que su esposa, junto a él, se mantenía algo apartada, como tratando de evitar un mutuo tropezón, que podía resultar embarazoso o molesto. Él le dirigió una fría sonrisa, a través del resplandor que la envolvía.

—Sí —dijo—, pero prefiero no hablar.

Se dirigió hacia la casa, sintiendo el resbalar de la grava, que no se movería bajo sus pies hasta que el mundo lo alcanzara.

—El Guardián merece todo mi respeto, pero preferiría no hacer declaraciones, por el momento.

***Famoso Astronauta Regresa a su Hogar***

Un hombre esperaba al grupo en el porche; emboscado allí, presenciaba el regreso de Westermark con una sonrisa despectiva. Se adelantó, vacilando, pero formal, y dirigió una mirada interrogativa a las tres personas que acababan de descender del coche.

—Perdón, usted es el capitán Jack Westermark, ¿verdad?

Como Westermark parecía encaminarse hacia él, dio un paso al costado.

—Soy corresponsal psicológico de El Guardián. ¿Me permite un minuto?

La madre de Westermark había abierto la puerta de entrada y esperaba allí, con una sonrisa de bienvenida, alisando su pelo gris con gestos nerviosos. El hijo pasó junto a ella, dejando atrás al periodista.

—Tendrá que perdonarnos —se disculpó Janet—.En realidad, mi esposo le ha respondido, pero no está aún en condiciones de alternar con la gente.

— ¿Cuándo respondió, señora Westermark? ¿Antes de escuchar mis preguntas?

—Bueno, no, naturalmente; pero el curso de su vida... Lo siento, no puedo explicarlo.

—Vive adelantado en el tiempo, ¿no es así? ¿Me concede un minuto para contarme cómo se siente usted, ahora que ha pasado el primer impacto?

—Discúlpeme, de veras, no puedo —dijo Janet, adelantándose a toda prisa.

Mientras seguía a su esposo, oyó que Stackpole' decía:

. —Yo soy lector de El Guardián, y tal vez podría ayudarlo. El Instituto me ha encomendado permanecer con el capitán Westermark. Me llamo Clement Stackpole; tal vez haya leído mi libro, Relaciones humanas persistentes, Editorial Methuen. Pero no debe decirse que Westermark vive adelantado al tiempo, porque eso es inexacto. Lo que sí puede decir es que algunos de sus procesos psicológicos y fisiológicos han sido transpuestos hacia adelante, de algún modo...

— ¡Asno! —se dijo Janet.

Se había detenido junto al umbral para escucharlo, pero entró bruscamente.

***Charla suspendida en el aire entre largas contemplaciones, en la cena***

La cena, aquella noche, ofreció sus pequeñas incomodidades, aunque Janet Westermark y su suegra lograron imprimirle un tono de melancólica alegría al poner sobre la mesa dos candelabros escandinavos, reliquias de una fiesta en Copenhague, y una fuente de hors d'oeuvre de vistoso aspecto. Pero la conversación, según pensaba Janet, se parecía al hors d'oeuvre: pequeños fragmentos de charla, tentadores y aislados, desprovistos de verdadera sustancia.

La anciana señora Westermark todavía no le había tomado la mano a la charla de su hijo, y dirigía todos sus comentarios a Janet, aunque miraba a Jack con frecuencia.

— ¿Cómo están los chicos? —le preguntó él.

Aturdida al comprender que él llevaba largo rato esperando su respuesta, contestó en forma bastante incoherente y dejó caer su cuchillo. Para aliviar la tensión, Janet trató de pensar algún comentario con respecto al administrador del Hospital. En ese momento, Jack dijo:

— O sea que es, al mismo tiempo, culto y oportuno. Algo muy loable, y no muy común entre los hombres de su tipo. Tuve la impresión (igual que tú, por lo visto) de que estaba tan interesado en su trabajo corno en el adelantamiento. Creo que hasta se podría decir que es agradable. Pero usted, Stackpole, que lo conoce mejor, ¿qué opinión tiene de él?

Stackpole desmigajó un trozo de pan, tratando de Ocultar que ignoraba de quién se estaba hablando.

—Oh, no sé —dijo, para ganar tiempo, con una disimulada mirada al reloj—; en realidad, es difícil dar una opinión.

—El administrador es realmente encantador, ¿verdad, Jack? —comentó Janet, ayudando a Stackpole tal vez tanto como a Jack.



Librodot

—Sí, tiene aspecto de ser un lanzador lento –dijo Westermark, con la entonación de quien concuerda con algo que se ha dicho.

_ ¡Oh, él! —exclamó Stackpole—. Sí, es una persona bastante agradable, en todos los aspectos.

—Citó a Shakespeare, y con mucha oportunidad me dijo de dónde provenía la frase —dijo Janet.

—No, gracias, mamá —dijo Westermark.

—No he tratado mucho con él —continuó Stackpole—, pero hemos jugado un par de veces al criquet. Es bueno como lanzador lento.

— ¿De veras? —exclamó Westermark.

Eso acabó con el diálogo. La madre de Jack echó a su alrededor una mirada de angustia. Al encontrar los ojos brillantes de su hijo, ofreció, para disimular:

—Sírvete un poco más de salsa, Jack.

Mientras lo decía, comprendió que ya había recibido la respuesta; estuvo a punto de dejar caer otra vez el cuchillo, y perdió las ganas de comer.

_Por mi parte, soy bateador —dijo Stackpole, como si perforara el nuevo silencio con una taladradora.

Al no recibir respuesta, siguió describiendo tozudamente el juego y el placer del mismo. Janet lo observaba, algo sorprendida al notar la admiración que sentía por su excelente desempeño, y preguntándose el porqué de esa sorpresa. Acabó por decidir que Stackpole no le gustaba, y de inmediato descartó esa decisión. ¿Acaso no trataba de ayudarlos? Y hasta esas manos fuertes y velludas se volvían menos desagradables cuando una las imaginaba en torno a la goma de un palo de criquet. Y esos hombros anchos, al golpear... Cerró los ojos por un segundo, y trató de concentrarse en lo que él decía.

Por su parte, un bateador

Más tarde, lo encontró en el rellano superior. Ella llevaba dos almohadas, y Stackpole se interpuso en su camino con un cigarro entre los labios.

— ¿Puedo ayudarle, Janet?

—Estoy tendiendo una cama, nada más, señor Stackpole.

— ¿No va a dormir con su esposo?

—Él prefiere pasar solo una o dos noches, señor Stackpole. Por el momento, dormiré en el cuarto de los niños.

—Permítame entonces que le lleve las almohadas. Y dígame Clem, como me llaman todos mis amigos.



Librodot

Tratando de mostrarse más agradable, de romper el hielo, de recordar que Jack no la echaba para siempre del dormitorio conyugal, replicó:

—Lo siento, pero antes teníamos un terrier que se llamaba Clem.

Sin embargo, no logró que sonara como ella quería.

Él puso las almohadas en la cama azul de Peter, encendió el velador y se sentó en el borde del colchón para echar una pitada a su cigarro, sin mirarla.

—Tengo que decirle algo, aunque resulte un poco embarazoso —dijo, mientras ella le arrimaba un cenicero y permanecía de pie a su lado—. Creemos que la salud mental de su esposo puede estar en peligro, aunque le aseguro que no presenta ningún síntoma de alteración mental, aparte de lo que se puede denominar una excepcional absorción de los fenómenos. Aun en ese aspecto, no se puede decir que su absorción sea mayor de lo que cabe esperar. Es decir, exceptuando estas circunstancias, que no tienen precedentes. En los próximos días hablaremos más a fondo de todo esto.

Ella esperó que prosiguiera, entreteniéndose en observar los movimientos del cigarro. Finalmente, él levantó los ojos para mirarla.

—Francamente, señora —dijo—, creemos que sería de gran ayuda para su esposo que usted mantuviera relaciones sexuales con él.

Algo desconcertada, ella empezó a decir:

— ¿Usted cree que...?

Pero se corrigió de inmediato, aclarando:

—Eso debe decidirlo mi esposo Yo no soy inabordable.

Vio que él había captado su traspié. En un tiro directo, respondió:

—No lo pongo en duda, señora.

***Con la luz apagada, viviendo, descansaba en la cama de Peter***

Descansaba en la cama de Peter con la luz apagada. Deseaba a Jack por cierto; y mucho, puesto que ahora se permitía pensar en ello. Durante los largos meses que duró la expedición a Marte, mientras ella permanecía en casa y él se aventuraba muy lejos, en aquel otro planeta, se había conservado casta. Cuidaba de los chicos, paseaba en coche por el campo y disfrutaba de los artículos que debía escribir para las revistas femeninas, o de las entrevistas por televisión, una vez que la nave emprendió el regreso a la Tierra. En parte, había permanecido en estado latente.

Después se supo que había cierta confusión en las comunicaciones con la nave. Al principio se lo oculta



Librodot

ron, pero un periódico sensacionalista quebró el secreto al declarar que los nueve hombres de la tripulación estaban dementes. Y la nave había sobrepasado la zona de aterrizaje para estrellarse en el Atlántico. Su primera reacción había sido totalmente egoísta; o tal vez, sólo egocéntrica: «Jamás volverá a acostarse conmigo». Un infinito amor, y mucha pena.

Cuando lo rescataron, milagrosamente indemne, había resurgido su esperanza, hasta entonces embalsamada, tal como él estaba embalsamado en el tiempo. Trató de imaginar cómo seria ahora el amor; todo le ocurriría primero a él, antes de que ella hubiese empezado a... Y su espasmo de placer, aun antes de que ella... ¡No, no era posible! Pero tenía que serlo, naturalmente. Tal vez pudieran resolverlo antes intelectualmente; así, con que ella se relajara y permaneciera quieta... Pero lo que trataba de imaginar, todo lo que lograba imaginar, no era el acto del amor, sino una rendición formal a las exigencias glandulares y al flujo del tiempo.

Se sentó, deseosa de movimiento, de libertad, y saltó de la cama para abrir la ventana inferior; aún quedaba un dejo de humo de cigarro en el cuarto en penumbra.

***Si lo resolvían intelectualmente***

Tras un par de días cayeron en la rutina. Era como si el buen tiempo, al perpetuar su benignidad, los ayudara. Debían tener cuidado al atravesar las puertas, conservando siempre la izquierda para no chocar; así lo acordaron después de echar al suelo una bandeja llena de bebidas. Idearon distintos modos de llamar a la puerta antes de utilizar el baño. La conversación era una especie de boletín, en donde no entraban más preguntas que las indispensables. Caminaban a cierta distancia. En resumen, cada uno daba un rodeo para no rozar la vida de los otros.

—En realidad —decía a Janet la anciana señora Westermark—, no es difícil, si uno anda con cuidado. ¡Y Jack es tan paciente!

—Hasta se me ocurre que esta situación le gusta.

—Oh, querida, ¿cómo podría gustarle una situación tan infortunada?

—Mamá, ¿se da cuenta de cómo hacemos para existir juntos? No, suena demasiado espantoso, no me atrevo a decirlo.

—Bueno, no empieces a pensar tonterías. Has sido muy valiente, y no es el momento de trastornar_ se, justo ahora que las cosas van bien. Si tienes cualquier preocupación, debes contársela a Clem. Para eso está aquí.

—Ya lo sé.

—Así me gusta.

Vio a Jack, que caminaba por el jardín. En ese momento, él levantó la vista, sonrió, y dijo algo para sí; extendió una mano, la recogió y continuó caminando, sonriente aún, hasta uno de los asientos que había en el césped; allí se sentó en un extremo. Conmovida, Janet corrió hacia la puerta ventana, para unirse con él

Pero se detuvo. Ya había visto la secuencia futura de sus propios actos: cuanto ella iba a hacer estaba ya cumplido en lo que a Jack concernía; puesto que la mente de él se adelantaba al tiempo. Pero si ella no salía, si se declaraba en rebelión y seguía discutiendo con su suegra las tareas de la jornada... Eso dejaría a Jack hablando solo, como un tonto, enfrascado en una fantasía imposible de

penetrar. Que así fuera; entonces Stackpole tendría que descartar su teoría de que Jack estaba adelantado al tiempo, y tendría que tratarlo por una demencia alucinatoria más normal. En manos de Clem estaría bien atendido.

Pero los actos de Jack probaban que ella saldría. Sería una locura no salir. ¿Locura? Desobedecer una ley del universo era algo imposible, pero no una locura. Jack no desobedecía; simplemente, había tropezado con una ley de la que nadie sabía antes de la primera expedición a Marte. Por cierto' habían descubierto algo más trascendente que cuanto se esperaba, y más imprevisto. Y ella había perdido... ¡No, aún no! Salió corriendo para llamarlo, dejando que la acción calmara su desconcierto.

Y en el hecho repetido vino implícita cierta frescura, porque recordó que la sonrisa de él, entrevista por la ventana, había expresado una calidez especial, como si tratara de inspirarle nueva confianza. ¿Qué había dicho? No había modo de saberlo. Se encaminó hasta el banco y se sentó junto a él.

Jack tenía pensado un comentario para cubrir el obligatorio e invariable lapso:

—No te preocupes, Janet —dijo—. Podría ser peor.

— ¿De qué modo? —preguntó ella.

Pero él ya estaba respondiendo:

—Podríamos estar separados por un día entero. Al menos, con 3,3077 minutos gozamos de cierta comunicación.

—Es maravilloso ver la filosofía con que lo tomas —replicó ella, y el sarcasmo de su propia voz la alarmó.

— ¿Quieres que hablemos?

—Jack, hace tiempo que quiero hablar en privado contigo.

¿Yo?

Las altas hayas que protegían el jardín por el lado norte estaban tan inmóviles que ella pensó: «Él debe de verlas exactamente igual que yo».

Jack pasó uno de los boletines acostumbrados, mirando el reloj. Tenía las muñecas muy delgadas; parecía más frágil en ese momento que al salir del hospital.

—Comprendo, querida, que esto debe de serie muy doloroso. Estamos aislados el uno del otro por esta sorprendente alteración de la función temporal, pero al menos yo tengo el consuelo de experimentar con este nuevo fenómeno. Tú, en cambio...

***Hablando de distancias interestelares***

—Iba a decirte que estás clavada en el viejo mundo que la humanidad conoce desde siempre, pero supongo que tú no lo ves desde ese punto de vista.



Librodot

En ese momento, al parecer, captó algún comentario de Janet, pues agregó, rompiendo toda secuencia:

—Quería hablar contigo en privado.

Janet iba a decir algo, pero él la interrumpió, levantando un dedo con irritación.

—Haz el favor de medir el tiempo antes de decir algo, para que podamos entendernos. Trata de decir nada más que lo esencial. Realmente, querida, me sorprende que no hagas lo que sugiere Clem; debe' tomar notas de lo que se dice, y apuntar la hora.

—Eso... precisamente yo quería... No podernos hablar como si estuviéramos en una reunión de directorio. Quiero saber qué sientes, cómo estás, qué piensas, para poder ayudarte; así, algún día podrás vivir otra vez normalmente.

Él, que estaba llevando la cuenta del tiempo, respondió casi de inmediato:

—No padezco ninguna enfermedad mental, y he recobrado completamente la salud física después del choque. No hay razones para prever que mis percepciones volverán a ser como las tuyas. Desde que nuestra nave despegó de Marte, han mantenido un adelanto invariable de 3,3077 minutos con respecto al tiempo terráqueo.

Se detuvo, y ella pensó: «Según mi reloj, ahora son las 11.03, y yo quisiera decir muchísimas cosas. Pero para él son las 11.06 y fracción, y ya sabe que yo no puedo responder. Cuesta un esfuerzo tan grande hablar a través de estos tres minutos y fracción... Es lo mismo que hablar a través de una distancia interestelar.

Él también pareció haber perdido el hilo, pues sonrió y extendió una mano, manteniéndola en el aire. Janet miró en su torno. Clem Stackpole se aproximaba con una bandeja llena de bebidas. Se sentó cautelosamente en el césped y tomó un martini, poniendo la copa entre los dedos de Jack.

— ¡Salud! —dijo, sonriente.

Había traído una botella de cerveza blanca para sí, Y el gin con agua tónica que Janet solía tomar. Se lo entregó, diciendo:

—Aquí tiene su bebida.

—Clem, ¿puede explicarle mi posición a Janet? No Parece comprenderla todavía.

Ella, enojada, se volvió hacia el psicólogo.

—Ésta iba a ser una conversación privada, señor Stackpole, entre mi esposo y yo.

—Lo siento. Eso significa que no os estáis llevando muy bien. Tal vez pueda ayudaros un poquito. Sé que es difícil.

***3,3077***

Destapó con energía su botella de cerveza y vertió el líquido en el vaso. Tras el primer sorbo, dijo:



Librodot

—Siempre hemos considerado que todo se mueve en el tiempo hacia adelante y a idéntica velocidad. Hablamos del curso del tiempo, dando por sentado que su velocidad de curso es una sola. También hemos dado por sentado que cualquier ser viviente de otro planeta, en cualquier sitio de nuestro universo, debe tener la misma velocidad de curso. En otras palabras, aunque hace tiempo que nos hemos acostumbrado a ciertas peculiaridades del tiempo, gracias a las teorías de relatividad, también estamos habituados a ciertos conceptos errados. Ahora tendremos que pensar de otro modo. Hasta aquí me entiende, ¿verdad?

—Perfectamente...

—El universo no es en absoluto la simple caja que imaginaron nuestros antepasados. Es posible que cada planeta tenga su propio campo cronológico, así como cada uno tiene su campo gravitatorio. Según las evidencias, parece que el campo cronológico de Marte está adelantado en 3,3077 minutos con respecto al nuestro. Esto se deduce del hecho de que su esposo y los otros ocho hombres que estuvieron con él en Marte no experimentaron ninguna sensación de diferencias cronológicas entre ellos, y no notaron nada adverso hasta que partieron de Marte; entonces, al intentar comunicarse nuevamente con la Tierra, se reveló de inmediato la discrepancia cronológica. Su esposo vive aún el tiempo marciano. Infortunadamente, los otros miembros de la tripulación no sobrevivieron al choque. Pero podemos asegurar que si estuvieran vivos, sufrirían también el mismo efecto. Eso está claro, ¿verdad?

—Completamente. Pero aún no comprendo por qué este efecto, si es como usted dice...

—No es lo que yo diga, Janet, sino la conclusión a la que han llegado hombres mucho más inteligentes que yo.

Lo dijo con una sonrisa, y agregó, como entre paréntesis:

—Aunque todos los días desarrollamos nuestras conclusiones, y a veces las alteramos.

— ¿Y bien, por qué no se notó un efecto similar cuando los rusos y norteamericanos volvieron de la Luna?

—No se sabe. Hay muchas cosas que no se saben. Suponemos que se debe a que la Luna es satélite de la Tierra, y por lo tanto, al estar dentro de su campo gravitatorio, no guarda discrepancia cronológica. Pero mientras no tengamos más datos, mientras no podarnos explorar más a fondo, sabemos muy poco, y sólo podemos hacer especulaciones. Es como tratar de calcular. Es como estimar los tantos de un turno entero cuando recién se ha arrojado uno. Cuando acabe la expedición a Venus, estaremos en una posición más cómoda para armar teorías.

— ¿Qué expedición a Venus? —preguntó ella, sorprendida.

—Tal vez tarde un año en salir, pero están apresurando el programa. Eso aportará datos invalorables.

El tiempo futuro, con sus usos y abusos

Ella había empezado a decir:

—Pero después de esto, no serán tan tontos como para...



Librodot

Pero se interrumpió. Pensó en Peter, que decía: «Yo también voy a ser astronauta. ¡Quiero ser el primer hombre que llegue a Saturno!».

Los dos hombres miraron sus relojes. En seguida,', Westermark bajó la vista hacia la grava y dijo:

—Sin duda, la cifra de 3,3077 no es una constante universal. Puede variar (lo doy por seguro) de un cuerpo planetario a otro. Mi opinión personal es que debe guardar relación, de algún modo, con la actividad solar. En ese caso, es posible que los hombres enviados a Venus denoten, al volver, un leve adelanto con el tiempo terráqueo.

***Se interrumpió de pronto, y su expresión concentrada se transformó en desconcierto.***

—Ese aspecto no se me había ocurrido —dijo Stackpole, tomando nota—. Si preparamos la expedición a Venus teniendo en cuenta estos aspectos, no tendremos problemas para organizar el regreso. Finalmente resolveremos esta confusión, y estoy seguro de que la cultura de la humanidad saldrá muy enriquecida de esto. Las posibilidades son tan vastas que...

— ¡Es horrible! ¡Estáis todos locos! —exclamó Janet.

Se levantó de un salto y corrió hacia la casa.

Jack la siguió. Según su reloj, que indicaba la hora terráquea, eran las once horas, dieciocho minutos Y doce segundos. Pensó nuevamente en la posibilidad de comprar otro reloj, para ponérselo en la muñeca derecha, ajustado a la hora marciana. No; puesto que regía su vida por la hora marciana, seria mejor llevarla en la muñeca izquierda, para consultarla más cómodamente. La utilizaba hasta cuando debía comunicarse con la raza humana, tan atada a la Tierra.

Comprendió que, según sus cálculos, caminaba delante de Janet. Sería interesante que hubiese alguien cuyas percepciones estuvieran más adelantadas que las suyas. Por cierto, eso lo privaría de la sensación de ser constantemente el primero en el universo, el primero en cualquier parte, viéndolo todo bañado en esa extraña luz. ¡La luz marciana! Así la llamarla hasta que le encontrara clasificación. Era la visión romántica que precede al juicio científico, y tenía un toque de la grandeza permisible antes de que la disciplina, al estabilizarse, se cerrara. O también podía suponerse que las teorías estaban cerradas, y que el efecto perceptivo era un efecto del mismo viaje espacial; suponiendo que el tiempo fuera cuantálico... Suponiendo que todos los tiempos fueran cuantálicos ... Después de todo, el envejecimiento no era un proceso lento, sino cuestión de etapas, tanto para el mundo orgánico como para gran parte del inorgánico.

Se había detenido sobre el césped, casi inmóvil. El resplandor pasaba a través del pasto, dándole una apariencia de fragilidad, casi matizada en cada hoja con un diminuto espectro de luz. Si su tiempo perceptivo estuviera aún más adelantado, ¿seria más potente la luz marciana, y más traslúcida la terráquea? ¡Qué hermosura tendría todo! Tras un viaje estelar Más prolongado, uno retornaría a la telaraña de un Inundo que había dejado atrás en su tiempo perceptivo; una mera corporización de luz, un prisma. Lo imaginó con avidez. Pero hacía falta saber más.

De pronto pensó: « ¡Si pudiera entrar en la expedición a Venus! Si el Instituto está en lo cierto, podría estar a seis, o digamos, a cinco y medio... No, no puede calcularse, pero de cualquier modo estaría adelantado al tiempo venusiano. Tengo que ir. Les sería de mucha utilidad. No tengo más que ofrecerme como voluntario».

Ni siquiera notó que Stackpole le tocaba el brazo' en un gesto cordial, al pasar hacia la casa. Siguió allí, mirando al suelo; a través de él veía los valles pedregosos de Marte y los impredictibles paisajes venusianos.

***Las figuras se mueven***

Janet había aceptado ir a la ciudad con Stackpole, para retirar los zapatos de criquet que éste había llevado a reclavar. Tal vez conviniera comprar un rollo de película para su cámara. A los niños les gustaría recibir fotos donde estuvieran juntos, ella y el papá.

El coche pasaba entre los árboles, que arrojaban sombras parpadeantes en rojo y verde. Stackpole asía el volante con pericia, silbando bajito. Ese hábito solía fastidiar a Janet, pero en esa oportunidad no fue así; lo tomó como una señal de que él no estaba completamente a sus anchas.

—Tengo la horrible sensación de que ahora usted entiende a mi esposo mejor que yo —dijo.

Él no lo negó.

— ¿Por qué? —preguntó, en cambio.

—Creo que a él no le importa el terrible aislamiento que debe soportar.

—Es un hombre de coraje.

Hacia ya una semana que Westermark había vuelto a su casa. Janet veía que se apartaba más y más con cada día que pasaba; le hablaba cada vez menos, y solía quedarse inmóvil, como una estatua, con la vista clavada en el suelo. Recordó algo que no se había atrevido a expresar frente a su suegra; con Clem sería más fácil.

—Usted sabe cómo hacemos para vivir en una relativa armonía —dijo.

Él disminuyó la velocidad y la miró de soslayo. Janet prosiguió:

—Sólo podemos convivir eliminando todas las sorpresas de nuestra existencia, los niños, las estaciones del año. De otro modo, tendríamos que enfrentarnos a cada instante con la certeza de que somos extraños.

Stackpole captó el tono de su voz, e intentó tranquilizarla:

—Usted tiene tanto coraje como él, Janet.

— ¡Al diablo con el coraje! Lo que no puedo soportar es... ¡nada!

Al ver la señal al costado de la ruta, Stackpole echó una mirada al espejo retrovisor y cambió de marcha. Hacia adelante y hacia atrás, el camino estaba desierto. Volvió a silbar entre dientes, y Janet sintió el impulso de seguir hablando.

—Ya hemos interferido mucho con el tiempo; me refiero a todos. El tiempo es una invención europea. Dios sabe en qué embrollos nos meteremos si... Buerio, si continuamos así.

No podía hablar con su habitual coherencia, y eso la irritaba. Stackpole condujo el coche hacia un aparcadero y se detuvo allí, bajo los arbustos. Se volvió hacia ella con una sonrisa tolerante.



Librodot

—El tiempo es invento de Dios —dijo—, si usted cree en Dios, como yo. Nosotros lo observamos, lo domesticamos y hasta lo explotamos cuando es posible.

— ¡Explotarlo!

—No piense en el futuro como si fuera un río de melaza en el que todos debemos andar, metidos hasta la rodilla —dijo él, apoyando las manos en el volante con una breve risa—. ¡Qué tiempo maravilloso! Estaba pensando... El domingo voy a jugar al criquet en la ciudad. ¿Le gustaría venir a ver el partido? Después podríamos tomar el té en cualquier parte.

***Todas las sorpresas, los niños, las estaciones del año***

A la mañana siguiente recibió una carta de su hija Jane, que tenía cinco años. Decía, tan sólo: «Querida mamá: gracias por las muñequitas. Cariños de Jane». " Pero ella sabía el esfuerzo que habían costado esas le tras enormes. ¿Por cuánto tiempo sena capaz de tener a los chicos lejos de la casa, de sus cuidados?

En cuanto se presentó ese pensamiento, recordó su vaga ocurrencia de la noche anterior: si iba a tener algo que ver con Stackpole, sería mejor que los niños no estuvieran allí..., pero lo había pensado sólo por su propia comodidad y la de Stackpole. Entonces no había pensado en los niños, sino en Stackpole, que no le interesaba, a pesar de su inesperada delicadeza.

—Y otro pensamiento intolerablemente inmoral —murTnuró tristemente en el cuarto vacío—: ¿qué alternativa me queda con Stackpole?

Sabía que Westermark estaba en su estudio. Era un día frío, demasiado frío y húmedo para que él hiciera su diario paseo por el jardín. Sabía que él se iba hundiendo más y más en el aislamiento, y ansiaba ayudar, temía sacrificarse a ese aislamiento, ansiaba mantenerse aparte, vivir... Dejó caer la carta y se tomó la cabeza entre las manos, cerrando los ojos, como si en el hueso curvo de su cráneo pudiera oír todas las decisiones posibles entremezcladas, futuras líneas de la vida que se aniquilaban mutuamente.

En ese momento, la madre de Westermark entró en la habitación.

—Te estaba buscando —dijo—. Estás muy triste, querida, ¿verdad?

—Mamá, la gente siempre trata de ocultar ante los otros sus sufrimientos. ¿Es que todo el mundo lo hace?

—No hace falta que me los ocultes a mí.... sobre todo porque no puedes, supongo.

—Pero no sé si usted sufre, y esto debería ser recíproco. ¿Por qué este horrible disimulo? ¿Qué es lo que nos da miedo? ¿La compasión o la burla?

—La ayuda, tal vez.

— ¡La ayuda! Tal vez tenga razón. Es una idea pasmosa.

—Casi nunca hablamos así, Janet.

—No.

Habría querido hablar más. Quizás hubiese podido hacerlo con cualquier desconocido, en un tren. Pero allí le era imposible. La señora Westermark, viendo que el tema se había agotado, dijo:

—Quería decirte, Janet, que tal vez sería mejor que los niños no volvieran mientras las cosas no cambien. Si quieres ir a verlos y quedarte con ellos en la casa de tus padres, yo puedo cuidar de Jack y del señor Stackpole por una semana. No creo que Jack quiera por ahora verlos

—Es usted muy gentil, mamá. Lo pensaré. Le prometí a Clem... Bueno, le dije al señor Stackpole que quizá vaya a verlo jugar al críquet mañana por la tarde. No es nada de importancia, por supuesto, pero como ya le dije... De cualquier modo, podría ir a ver a los niños el lunes, si usted puede arreglarse con la casa.

—Si tienes ganas de ir hoy, tienes tiempo de sobra. Y el señor Stackpole no dejará de comprender tus sentimientos maternales.

—Preferiría dejarlo para el lunes —replicó Janet, con cierta frialdad.

Empezaba a sospechar el motivo oculto tras la sugerencia de su suegra.

***Hasta donde el Americano Científico no llegaba***

Jack Westermark dejó el Americano Científico a un lado y se quedó mirando la superficie de la mesa. Puso la mano derecha sobre su corazón, para sentir el latido. La revista traía un artículo sobre él, ilustrado con fotografías suyas, tomadas en el Hospital de Investigaciones. Ese artículo, bien pensado, estaba lejos del sensacionalismo publicado en los demás periódicos, aquellos frívolos párrafos donde lo llamaban «el hombre que ha sobrepasado a Einstein en cuanto a acabar con nuestra imagen del universo». Precisamente por eso era más sorprendente; presentaba aspectos del tema que ni siquiera Westermark había tenido en cuenta.

Mientras meditaba sobre esas conclusiones, podía descansar del esfuerzo que le costaba leer libros terráqueos. Stackpole estaba sentado junto al fuego, fumando un cigarro, mientras esperaba el dictado de Westermark. La simple lectura de una revista representaba una proeza en el espacio-tiempo, una colaboración, una conspiración. Stackpole volvía las páginas a intervalos fijos, para que Westermark pudiera leer. Para él era imposible volverlas en el momento en que, dentro del limitado continuo terráqueo, debían permanecer quietas; sus dedos no las encontraban entre aquel resplandor gelatinoso, aquella alucinación visual que representaba una inercia cósmica inconquistable.

La inercia daba un brillo especial a la superficie de la mesa; mientras lo contemplaba, hurgaba en su propia mente para determinar la verdad del artículo publicado en el Americano Científico.

El escritor del artículo comenzaba con una consideración de los hechos, observando que apuntaban hacia la existencia de «tiempos locales» en todo el universo; y que, de ser así, podía surgir una nueva explicación para el receso de las galaxias y los diferentes cálculos efectuados en cuanto a la edad del universo (sin olvidar, por supuesto, el tema de su complejidad). A continuación, enfocaba el problema que sacaba de quicio a tantos otros escritores especializados; concretamente, por qué, si Westermark había perdido el tiempo terráqueo al llegar a Marte, no había perdido recíprocamente el tiempo marciano al volver a la Tierra. Esto, más que ningún otro argumento, sugería que los «tiempos locales» no eran puramente mecánicos, sino una función psicobiológica, al menos hasta cieno punto.



Librodot

Westermark se vio a sí mismo en el reflejo de la esa; le pedían que volviera a viajar a Marte, que formara parte de una segunda expedición hacia esos continentes de arenas bermejas, donde la elaboración del espacio-tiempo estaba, por una razón misteriosa e y inextricable, 3,3077 minutos adelantado a las normas terráqueas. ¿Volvería a saltar hacia adelante su reloj interior? ¿Y qué pasaría entonces con el brillo de las, cosas terrestres? ¿Qué se experimentaría al alejarse gradualmente de las férreas leyes que habían regido la vida humana, desde su fugaz infancia pleistocena?

Impaciente, se dio a imaginar el día en que la Tierra albergara muchas horas locales, recogidas en viajes a través del vacío espacial; esos vacíos cruzaban también el tiempo, y ese concepto difícilmente comprendido (McTaggart había negado su realidad externa, ¿verdad?) quedaría al alcance del entendimiento humano. ¿No era ése el secreto último, que permitiría, comprender el flujo en donde juega la existencia, así como un sueño juega en las capas primitivas de la mente?

Y... Pero... ¿No sería aquello la aniquilación del: tiempo local terráqueo? Él había comenzado todo, aquello. Sólo podía significar que el «tiempo local» no era un producto de elementos planetarios; el escritor del Americano Científico no se había atrevido a' profundizar bastante: el tiempo local era puramente 1 un producto de la psiquis. Ese algo penumbroso e íntimo, que podía mantener un adecuado registro del tiempo aún cuando uno estaba inconsciente, aquello 1 era sólo autóctono; pero se lo podía educar, para ser ciudadano del universo. Comprendió que, era el primer individuo de una nueva raza, que pocos meses antes ni el cerebro más delirante se había atrevido a imaginar. Estaba libre del enemigo que amenazaba a sus contemporáneos más duramente que la muerte misma: el tiempo. Encerraba en él un potencial totalmente nuevo. El Superhombre había llegado.

Dolorosamente, el Superhombre se agitó en su asiento. Llevaba tanto tiempo acurrucado que los miembros se le habían entumecido.

Los pensamientos universales pueden presentarse sólo cuando uno mide cuidadosamente el tiempo de su circumbendibus en torno a una mesa dada

—Dictado —dijo.

Esperó impaciente a que su orden penetrara hacia atrás, hacia el limbo que ocupaba Stackpole junto al fuego. Quería decir algo de tremenda importancia, pero debía esperar a que esa gente...

Según su costumbre, se levantó para caminar en torno a la mesa, hablando con frases cortas y rápidas. Ése había de ser el testamento de la nueva forma de vida.

—La conciencia no es prescindible, pero sí concurrente... Tal vez hubo muchos nódulos temporales en los comienzos de la raza humana——. Con frecuencia, los trastornados mentales retoman tiempos diferentes. Para algunos, el día parece prolongarse eternamente. Sabemos por experiencia que los niños s ven el tiempo en el espejo convexo de la conciencia, agrandado y distorsionado más allá del punto focal...

Lo irritó momentáneamente el rostro asustado de su esposa, que apareció en la ventana del estudio, mirándolo desde fuera, pero lo descartó rápidamente para proseguir:

—... el punto focal... Sin embargo, el hombre, en su ignorancia, sigue fingiendo que el tiempo es una especie de corriente monodireccional y homogénea..., a pesar de las pruebas que demuestran lo contrario... Nuestra concepción de nosotros mismos... No: esta errónea concepción se ha convertido en un supuesto básico para nuestra vida...



Librodot

***Hijas de las hijas***

La madre de Westermark no era dada a las especulaciones metafísicas. Sin embargo, al salir del cuarto se volvió para decir a su nuera:

— ¿Sabes lo que pienso algunas veces? Jack es tan extraño que a la noche me pregunto si los hombres y las mujeres no se están diferenciando más y más en el modo de pensar y en el carácter, con cada generación que pasa. Casi como razas distintas, ¿me entiendes? Mi generación hizo un gran esfuerzo para acercar los dos sexos en cuanto a igualdad y todo eso, pero parece haber terminado en la nada.

—Jack mejorará —dijo Janet, percibiendo en su propia voz la falta de confianza.

—Pensé lo mismo cuando se mató mi esposo; me refiero a la separación entre hombres y mujeres.

Repentinamente, Janet dejó de sentirse solidaria con su suegra. Había reconocido el tema familiar que entraba en escena, y conocía bien el tono cauteloso con que la anciana eliminaba toda autocompasión La dejó proseguir:

—Bob se apasionaba por la velocidad, como sabes. En realidad, fue eso lo que lo mató, y no aquel tonto que salió a la ruta frente a él.

—Su esposo no tenía ninguna culpa —dijo Janet—. Deje de preocuparse por eso.

—Sin embargo, ¿ves el parecido? Este asunto del progreso. Bob, enloquecido por ser el primero en doblar el recodo, y ahora Jack... Oh, bueno, las mujeres no podemos hacer nada.

Cerró la puerta tras de sí. Janet, distraída, recogió el mensaje por la siguiente generación de mujeres: «Gracias por las muñequitas».

***Las resoluciones y los súbitos riesgos que implican***

Él era el padre. Tal vez sería mejor que Jane y Peter volvieran, a pesar de los riesgos que eso involucraba. Janet tomó la súbita decisión de abordar a Jack. Estaba irritable, inabordable, pero al menos iría a ver si estaba ocupado antes de interrumpirlo.

Al salir a la salita lateral, para dirigirse a la puerta del fondo, oyó que su suegra la llamaba.

— ¡Un momento! —contestó.

El sol se había abierto paso, absorbiendo la humedad del jardín empapado. Había llegado el otoño, inconfundiblemente. Giró en la esquina de la casa, bordeando el cantero de rosas, y miró por la ventana del estudio.

Sobresaltada, vio a su marido apoyado contra la mesa, con las manos sobre la cara; entre los dedos corría la sangre, cayendo en gotas en una revista abierta sobre la mesa. Stackpole, en tanto, permanecía sentado junto a la estufa, indiferente.



Librodot

Janet soltó un pequeño grito y corrió otra vez hacia la puerta trasera, donde encontró a la señora Westermark.

—Oh, estaba... Janet, ¿qué pasa?

— ¡Jack, mamá! ¡Se ha dado un golpe, o algo así!

———Pero, ¿cómo lo sabes?

—Rápido, hay que telefonear al hospital. Debo ir a ver.

La señora Westermark la tomó del brazo.

— ¿No sería mejor que dejáramos todo en manos del señor Stackpole? Tengo miedo de...

—Mamá, tenemos que hacer lo que se pueda. Sé que somos aficionadas, pero por favor, déjeme...

—No, Janet, nosotras... Ellos viven en otro mundo. Tengo miedo. Si nos necesitan, vendrán a buscarnos.

Empezaba a contagiar su temor a Janet. Por un momento se miraron, asustadas; de inmediato, Jane se liberó, exclamando:

—Debo ir a ver.

Corrió por la sala y abrió de un empujón la puerta' del estudio. Su esposo estaba en el otro extremo de la habitación, junto a la ventana, mientras la sangre seguía manando de la nariz.

— ¡Jack! —exclamó.

Al correr hacia él, algo proveniente del vacío la golpeó en la frente; se tambaleó a un lado y cayó contra una biblioteca; sobre ella y a su alrededor cayeron en lluvia los libros pequeños del estante superior. Stackpole, con una exclamación, arrojó su cuaderno y corrió a ayudarla. Pero al ir en su auxilio no dejó de mirar la hora: las diez y veinticuatro minutos.

***Auxilio después de las 10.24 y la cama limpia***

La madre de Westermark apareció en la puerta.

— ¡Quédese donde está! —gritó Stackpole—. Que no haya más problemas. Janet, ya ve lo que ha hecho. Salga de aquí, ¿quiere? Jack, en seguida estoy con usted. ¡Dios sabe cómo se habrá sentido, sin nadie que le prestara ayuda por tres minutos y un tercio!

Irritado, se acercó a su paciente y arrojó su pañuelo sobre la mesa.

—Señor Stackpole —llamó tímidamente la madre de Westermark desde la puerta, tomando a Janet por la cintura.

Él le echó una mirada por sobre el hombro, diciendo:

— ¡Traiga toallas! Llame al Hospital de Investigaciones para que manden una ambulancia, y dígales que se apresuren.

A mediodía Westermark estaba arriba, confortablemente acostado en su cama limpia; el personal de la ambulancia, después de atenderlo (después de todo, no había sido más que una hemorragia nasal) se había marchado. Stackpole cerró la puerta de entrada y se volvió hacia las dos mujeres.

— Me siento en la obligación de preveniros —dijo— que otro accidente como éste puede resultar fatal. Esta vez escapamos por muy poco. Si vuelve a pasar algo semejante, me veré obligado a recomendar la internación del señor Westermark.

***Definición común de un accidente***

—Pero él no estaría de acuerdo —dijo Janet—. Además, lo que usted dice es absurdo. Ha sido un accidente. Ahora voy a subir a ver cómo está.

—Antes de que se vaya, permítame señalar que lo ocurrido no fue un accidente, al menos, según lo entendemos habitualmente; usted vio los resultados de su interferencia antes de entrar, a través de la ventana del estudio. Por lo tanto, es la responsable.

—Pero eso es absurdo —dijeron las dos a la vez.

Fue Janet quien continuó:

—No habría entrado al cuarto de esa manera si no hubiera visto desde la ventana que habría problemas.

—Lo que usted vio fue el resultado de su posterior interferencia.

La señora WesterTnark, en una especie de quejido, confesó:

—No entiendo nada de todo esto. ¿Contra qué chocó Janet?

—Al entrar corriendo, chocó contra el sitio en donde había estado su esposo 3,3077 minutos antes., Supongo que a esta altura habréis comprendido esta elemental noción de inercia temporal.

Las dos empezaron a hablar al mismo tiempo. Él las miró fijamente; las mujeres callaron.

—Será mejor que vayamos a la sala —dijo Stackpole—. Por mi parte, me gustaría tomar algo.

Se sirvió solo. Cuando tuvo el vaso de whisky en la, mano, continuó:

—Y ahora, sin ánimo de daros una conferencia, señoras, es hora de que comprendáis que ya no vivís en el viejo mundo seguro, cuya mecánica clásica estaba en manos de un Dios inventado por el iluminismo del siglo XVIII Cuanto ha ocurrido aquí es perfectamente racional, pero si vais a simular que supera vuestro entendimiento femenino...

—Señor Stackpole —interrumpió Janet, secamente—, ¿haría el favor de limitarse al tema y dejar a un lado los insultos? ¿Quiere explicarme por qué dice que esto no fue un accidente?



Librodot

Comprendo ahora que, al mirar por la ventana, vi a mi esposo sangrando por un golpe mutuo que él recibió tres minutos y algo antes, y que yo sólo recibiría tres minutos y algo después. Pero en ese momento me asusté tanto que olvidé...

—No, no, esas cifras no son correctas. El lapso total es de 3,3077; cuando usted vio a su esposo, él había recibido el golpe hacía 1,65385 minutos antes (la mitad del lapso) y faltaban otros 1,65385 para que usted completara la acción, al entrar corriendo en la habitación y chocar contra él.

— ¡Pero si ella no chocó contra él! —exclamó la anciana.

Stackpole, firme, distrajo su atención sólo por el tiempo de responderle:

—Ella chocó contra él a las 10.24 hora terrestre, que equivale a las 10.20 más unos cuantos segundos en la hora marciana, la de él; que equivale a 9,59 o cualquiera sea la hora de Neptuno, que equivale al 156 y medio en la hora de Sirio. ¡El universo es grande, señora! Seguirá sin entender en tanto siga confundiendo los hechos con el tiempo. Me atrevería a sugeriros que os sentéis y toméis algo.

—Dejando a un lado las cifras —dijo Janet, retomando el ataque (qué detestable oportunista era ese hombre) —, ¿cómo puede decir que eso no fue un accidente? No querrá insinuar que golpeé a mi esposo deliberadamente, supongo. Según lo que usted dice, yo no podía hacer otra cosa, desde el momento en que lo vi por la ventana.

—«Dejando a un lado las cifras... » —remedó él—. Allí está su culpa. Lo que usted vio por la ventana era el resultado, de su acción; para entonces, era inevitable que usted la completara, porque ya había sido completada,

Brisas de tiempo entran por la ventana

— ¡No entiendo! —exclamó Janet.

Se oprimió la frente y aceptó agradecida el cigarrillo que le ofrecía su suegra, aunque rechazó su consolador «No trates de comprender, querida».

—Supongamos —dijo— que cuando vi sangrar a Jack yo hubiese mirado mi reloj, pensando: «Son las 10.20, o lo que fuera, y él puede estar sufriendo las consecuencias de mi interferencia; por lo tanto, será mejor que no vaya». Y supongamos que yo no hubiese entrado. ¿La nariz se le habría curado milagrosamente, acaso?

—No, por supuesto. Usted ve el universo desde un punto de vista muy mecanicista. ¡Trate de lograr un acercamiento mental, trate de vivir en su propio siglo! Usted no podía pensar lo que dice, porque no está en su temperamento, así como no está en su temperamento consultar el reloj, así como deja siempre «las cifras a un lado», como usted dice. No, no la estoy criticando: todo eso es muy femenino y atractivo, en cierto sentido. Lo que quiero decir es que antes de mirar por la ventana, usted pudo haber sido de la clase de personas que piensan: «No importa cómo vea a mi esposo ahora; debo recordar que tiene una experiencia adicional de los próximos 3,3077 minutos». En ese caso, al mirar por la ventana, lo habría visto sano, y no habría entrado corriendo como lo hizo.

Ella aspiró el humo de su cigarrillo, dolorida y confusa.

—Me está diciendo que soy un peligro. para mi propio esposo.



Librodot

—Es usted quien lo dice.

— ¡Dios, cómo odio a los hombres! —exclamó Janet—. Son tan repulsivamente lógicos y presumidos. Él terminó su whisky y dejó el vaso sobre la mesa que estaba junto a ella, para acercársele.

—Está muy alterada —dijo.

— ¡Por supuesto! ¡Estoy alterada! ¿Qué piensa?

Luchó contra el deseo de llorar, de darle una bofetada. Se volvió hacia la madre de Jack, y ella la tomó suavemente por la muñeca.

— ¿Por qué no pasas el fin de semana con los niños, querida? Vuelve cuando te parezca. Jack está bien, y yo puedo cuidarlo..., si es que quiere cuidados.

Ella echó una mirada por la habitación.

—Eso haré. Ahora mismo voy a empacar. Se pondrán contentos de verme.

Al pasar junto a Stackpole, agregó con amargura:

—Al menos, no me molestarán con la hora local de Sirio.

Imperturbable, Stackpole, replicó, desde el centro del cuarto:

—Tal vez lo hagan, algún día.

Todas las sorpresas, los niños, las estaciones del año



Librodot